ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

LO POSITIVO.

Se vende en Madrid en la libreria de *Cuesta*, calle de Carretas.




Adra.	J. A. Manzano.
Aguilar de la Frontera	R, Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez.
Alba de Tormes.	M. Sanchez.
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alburquerque.	A. Cotrina.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almendralejo.	C. Diaz.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	J. Ruiz y Fernandez.
Almuñecar.	F. P. Almoguera.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranda de Duero.	J. Perdiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	F. Nicolau.
Astorga.	A. Gullon.
Avila.	N. P. Rocandio.
Avilés.	V. Sanchez del Rio.
Badajoz.	F. Coronado.
Baena.	F. Fernandez.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Bailen.	J. M. Sellés.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Baza.	J. Calderon.
Bejar.	M. Illan.
Benavente.	P. Fidalgo Blanco.
Berja.	L. Iribarne.
Bermeo.	T. Astuy.
Bilbao.	T. Astuy.
Borja.	M. Arbiol.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F Molina.
Canarias.	M. Savoie.
Carranza.	T. Astuy.
Caravaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montoya.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Ceuta.	A. Crivell.
Chiclana.	L. Cañizares.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G. Camarena.
Eon Benito.	A. Sanchez Barroso.
Ecija.	J. Giuli.
Dstella.	S. Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
E lorrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	J. Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida.
Guadalajara.	F. Sanchez.
Guernica.	T. Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Hellin.	J. M. Paredes.
Huelva.	J. de Osorno é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo.
Játiva.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez.
Jodar.	I. Coma y Prados
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	J. Portarriu.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	L. Martin Robles.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	Olona y Cebada.
Manresa.	P. Comellas.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	J. N. Dominguez.
Martos.	R. Sibanto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	J. de Nicolau
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Mondoñedo.	F. Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Mula.	M. de Toro.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	F. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro.
Plasencia.	E. Diez.
Pontevedra.	M. Verea y Vila.
Portugalete.	T. Astuy.
Priego (Córdoba).	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico	J. Mestre.
Quintanar de la Orden.	M. Sanchez.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torres
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliú de Guixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A. Molinelo.
San Ildefonso.	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acevedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.

LO POSITIVO,

COMEDIA

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DE LOPE DE VEGA,
Á 25 DE OCTUBRE DE 1862.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 20 de octubre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

LO POSITIVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

TOMADA DEL FRANCÉS

POR

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

ADVERTENCIA.

Esta comedia es una imitacion de la que escribió en francés Leon Laya con el título de *Le Duc Job*, y la cual se estrenó en Paris á 4 de noviembre de 1859. *El Duque Job* tiene once personas, cuatro actos y cincuenta escenas. En *Lo positivo* está reducido á cuatro el número de personas, el de actos á tres, y el de escenas á veinticuatro. Casi todo el diálogo puede pasar por original en esta última composicion dramática: nueva es tambien la mayor parte de sus escenas: el desarrollo de la accion y de los caractéres difiere no poco en ambas producciones: la significacion del pensamiento moral que entraña el asunto, aparece tal vez mas concreta, mas clara y viva en la obra española que en la francesa.

El autor ha estimado conveniente hacer aquí estas ligeras observaciones, bien que sin dar á un trabajo tan baladí ni la mas pequeña importancia.

PERSONAS.	ACTORES.
CECILIA................	DOÑA TEODORA LAMADRID.
EL MARQUÉS...........	DON JOAQUIN ARJONA.
RAFAEL................	DON JUAN LOPEZ BENETTI.
DON PABLO............	DON ENRIQUE ARJONA.

ACTO PRIMERO.

Jardin. Á la izquierda la fachada de una casa con puerta, y ventanas practicables en el piso principal. Sillas rústicas y bancos de piedra. En el foro una verja con puerta que dá al campo.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL.

Sale por la derecha, tarareando el paso de ataque, con un gaban de entretiempo y un kepis en la cabeza. Lleva una cinta en un ojal del gaban. En la frente tiene una cicatriz.

Tararí, tararí, tararí, tararí. Oh fuerza de la costumbre, cuán invencible es tu poder! Acostumbrado al fementido catre del campamento, mi nueva cama me ha parecido mala, precisamente por lo que tenia de buena; y habiendo despertado al toque de diana, que oí en sueños clara y distintamente, no he logrado despues volver á pegar los ojos. Vaya otro cigarrillo. (Saca un cigarro de papel y lo enciende en un fósforo.) Muy linda está! Mil veces más linda que antes! Pero como siempre tan aficionada á lucir y tan prendada del dinero. Qué ha de suceder? Sigue las máximas de su padre, entusiasta adorador del becerro de oro. Maldito dinero que asi prostituye y envenena los mas hidalgos corazones. Qué lástima de muchacha! (Pausa durante la cual vuelve á encender el cigarro que se le habrá

apagado.) Apenas pude decirle ayer cuatro palabras seguidas. Es gusto venirse á vivir á Carabanchel para estar recibiendo visitas todo el dia, lo mismo que en Madrid. No me quiere... No me querrá nunca. Un pariente que se ha criado con ella, como quien dice, no puede inspirarle amor, y menos aún un pariente pobre. Se casará con un millonario. Casarse Cecilia con otro! Esta idea me saca de tino. Y yo que esperaba curarme con la ausencia de tan insensata pasion.

Es amor en la ausencia
como la sombra,
que cuanto más se aleja
más cuerpo toma.
Ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Bien dice la copla, y yo fuí un mentecato al suponer... No he debido volver á verla. Es preciso huir de nuevo: huir para siempre. Aquel es su cuarto. (Mirando hácia la ventana de la derecha.) Aún estará durmiendo. Soñará quizá con algun amante. No quiero pensarlo. Cuánto mejor estaba allá peleando con los marroquíes. Ea, ea, valor. Tararí, tararí, tararí, tararí. (Se sienta en una silla dando la espalda á la casa, y tararea el paso de ataque.)

ESCENA II.

RAFAEL y CECILIA.

CECILIA. Lo aprendiste en viernes, primito? (Asomándose á la ventana.)
RAFAEL. Hola, ¿eres tú?
CECILIA. Yo misma. Buenos dias, Rafael.
RAFAEL. Buenos dias.
CECILIA. No me mires.
RAFAEL. Por qué?
CECILIA. Aun no me he quitado la gorra de dormir.
RAFAEL. Y qué?
CECILIA. Que debo estar horrorosa.
RAFAEL. Coqueta. Tú de todos modos estás divina.
CECILIA. Ay qué galante es mi primo!

RAFAEL. (Huir: no hay otro remedio.)
CECILIA. Tenemos que hablar.
RAFAEL. Di.
CECILIA. No: se trata de una cosa muy importante.
RAFAEL. De qué?
CECILIA. Hay alguien por ahí?
RAFAEL. Nadie.
CECILIA. Es que no quiero que nadie se entere...
RAFAEL. Habla sin temor.
CECILIA. Á tí te lo digo porque sé que me quieres mucho, y que la noticia te ha de alegrar.
RAFAEL. Si, eh?
CECILIA. Si. Figúrate que hay moros en campaña.
RAFAEL. Cómo?
CECILIA. Moros, no de los de por allá, sino de los de por aquí.
RAFAEL. No te entiendo.
CECILIA. Qué torpe! Á ver si lo entiendes ahora. Que tengo un pretendiente.
RAFAEL. (Dios mio!)
CECILIA. Y papá quiere casarme.
RAFAEL. Y tú?
CECILIA. Es rico. (Con alegria.)
RAFAEL. Ah, es rico.
CECILIA. Por supuesto. Habia yo de casarme con un pobre?
MARQUES. Rafael! Rafael! (Dentro, gritando.)
CECILIA. Ah: el tio Antonio.
MARQUES. Dónde te has metido?
CECILIA. Luego hablaremos despacio. Adios. (Retírase de la ventana.)
RAFAEL. Lo que yo me temia. Se vá á casar!

ESCENA III.

RAFAEL y el MARQUÉS.

MARQUES. Te has venido al jardin. (Saliendo por la puerta de la casa.) Cómo te habia de encontrar por ahí dentro?
RAFAEL. Más de dos horas ha que estoy levantado.
MARQUES. Pues yo creí que con la fatiga del viaje... Y te sientes bien?
RAFAEL. Perfectamente.
MARQUES. No sabes cuánto me regocija verte á mi lado despues

de tan larga y penosa ausencia. Por supuesto que pasarás con nosotros un par de meses en Carabanchel.

RAFAEL. No sé todavia.

MARQUES. Yo no pensaba moverme de Madrid, pero tuve que ceder á las instancias de tu tio, y contaba con que tú al regresar de África... Ya le oiste anoche exigirte formalmente que te quedes.

RAFAEL. Son tan desiguales nuestros genios!

MARQUES. Qué importa? No hay dia en que él y yo no armemos una pelotera, y no por eso dejo de pasarlo bien en su compañia. Tiene graves defectos, es verdad, pero tambien muy buenas cualidades. Desde que murió mi pobre hermana, que en gloria esté, ya has visto con qué infatigable celo ha cuidado de sus hijos, y cómo se ha desvivido por ellos.

RAFAEL. Es, con efecto, un padre muy cariñoso; pero les ha imbuido ciertas ideas...

MARQUES. Has de considerar que en el siglo en que vivimos todo el mundo ha dado en creer que la felicidad es cosa que se compra con el dinero. Pablo, ademas, que ha hecho su pingüe patrimonio á fuerza de constancia y laboriosidad, no puede menos de tributar adoracion al ídolo á quien ha sacrificado su vida entera, y como buen negociante lleva siempre metido en la cabeza el libro de caja. Nosotros, Rafael, tuvimos un noble modelo á quien imitar en el duque tu padre y mi hermano mayor. Él nos trasmitió las ideas y sentimientos de otras épocas que hoy se apellidan bárbaras, y por esta circunstancia, sin duda, no somos ahora lo mismo, ó quizá peores que tu pobre tio, arrastrado desde su juventud por la corriente de las opiniones vulgares.

RAFAEL. Qué odiosas opiniones! Vea usted á Cecilia y por su aspecto le parecerá un ángel: sondée usted su corazon y le hallará seco, metalizado, muerto.

MARQUES. El mal no es tanto como piensas. Á veces un poco de broza basta á reprimir el impulso de bullidoras aguas. Ahondando en el corazon de tu prima, daríase pronto quizás con abundante manantial de sentimientos nobles y puros.

RAFAEL. Oh, si tal presuncion fuese cierta! (Con vehemencia.)

MARQUES. Y por qué no ha de serlo? Si Dios quisiera que esa

chica se enamorase de un hombre... (Con intencion.) de un hombre, asi como tú, por ejemplo, (Rafael se estremece. El Marqués le observa.) ya verias qué pronto se curaba de sus manias.

RAFAEL. Oh: si Cecilia fuese capaz de amar como su hermano Felipe, de fijo se salvaria como él.

MARQUES. Durante tu ausencia, Felipe ha cambiado mucho. Era antes todo fuego; ahora es todo nieve: antes su cabeza estaba llena de ilusiones; ahora no más que de cálculos y guarismos.

RAFAEL. Habla usted con formalidad? ¿Cómo ha podido verificarse un cambio de esa naturaleza, en hombre tan sensible y tan vivamente enamorado?

MARQUES. Enamorado? Ya no quiere á Matilde.

RAFAEL. ¿Cómo que no, si anoche antes de volverse á Madrid, estuvo hablando de su próximo casamiento?

MARQUES. Vá á casarse, pero no con Matilde, sino con otra.

RAFAEL. Con otra? Eso no es creible. Aquel afecto habia echado raices en su corazon para toda la vida. Recuerdo que estuvo á punto de perder la razon cuando Mendoza le negó la mano de su hija.

MARQUES. Pues Mendoza insistió en que no queria yerno que solo pudiera disponer de la miseria de un millon, que es lo que Pablo dá á cada uno de sus hijos, y resolvió con el fin de ver si lograba distraer á Matilde, que su madre se la llevara á viajar. Cuando Felipe supo que habia partido, se desesperó á más no poder; pero poco á poco fué dando oido á los consejos de personas prudentes y muy entendidas en letras... de cambio, y al fin acabó por hacerse un hombre de provecho, como ellos dicen. Ya no pudo considerar el matrimonio sino como una especulacion, y tuvo la suerte de encontrar una novia á pedir de boca; esto es, una novia con cuatro millones de dote: la hija de ese banquero de los Estados Unidos que hará como cosa de dos años vino á establecerse en Madrid.

RAFAEL. Quién lo hubiera dicho! Vamos, si parece mentira. Y esa jóven ¿no tiene mas atractivo que su dinero?

MARQUES. Tuerce un poco la boca y un mucho los ojos, pero por lo demás es encantadora. Y sobre todo tiene mucho CHIC, y habla chapurrado, mitad en español y mitad en inglés, lo cual es de muy buen tono.

Rafael. Y será posible que tal enlace se lleve á efecto?

Marques. La semana próxima quieren casarse; pero á mí se me ha metido entre ceja y ceja que el banquero anglo-americano es un solemne bribon, y si de aquí á entonces le descubro alguna maca...

Rafael. No ha regresado aún Matilde de su viaje?

Marques. Ayer debió llegar á Madrid.

Rafael. En cuanto Felipe la vuelva á ver, es indudable que volverá á quererla:

Marques. Quién sabe.

Rafael. No lo dude usted.

ESCENA IV.

DICHOS y DON PABLO.

Don Pablo. Estan ustedes filosofando? (Saliendo con el sombrero puesto por la puerta de la casa.)

Marques. Estábamos murmurando de tí.

Don Pablo. Que sea enhorabuena.

Rafael. Qué tal ha pasado usted la noche?

Don Pablo. Malísimamente. He soñado que un moro te cortaba la cabeza, y en toda la noche me ha dejado sosegar esta pesadilla. Como me hizo tanta impresion verte en esa disforme cicatriz!

Marques. Le sienta muy bien, ¿no es verdad?

Don Pablo. Divinamente! Milagro de Dios ha sido que no le dejen tuerto. Bien empleado le está por no haber querido hacerme caso.

Rafael. Tio, era militar.

Don Pablo. Si, alferez. Bonito grado para todo un señor duque.

Rafael. En las filas del ejército, no hay puesto ninguno que no sea honroso.

Don Pablo. Pero si tú no eras tal militar, si nunca te habias vestido de uniforme, si tuviste que solicitar como gracia el que se te declarase en activo servicio...

Marques. Tanto mejor para él.

Don Pablo. Y ¿qué ha ganado con semejante hazaña?

Marques. Con efecto: no ha ganado un solo maravedí. No ha ganado mas que eso... eso. (Señalando con íntimo gozo á la cinta que lleva Rafael en el pecho.)

Don Pablo. Si, un cintajo.

MARQUES. Sin duda que hubiera sido preferible el toison de oro.

DON PABLO. Porque no sabes qué decir, te me vienes con pullas. Nadie que tenga un poco de razon...

MARQUES. Nadie que tenga un poco de eso que ahora se llama razon, comprenderá jamás las nobles inspiraciones de un corazon recto y generoso.

RAFAEL. Usted olvida, tio, que yo fuí á pelear por mi religion, por mi reina y mi patria.

DON PABLO. Ta, ta, ta, ta.

MARQUES. Pero en verdad que parecemos locos, disputando por cosa que ya no tiene remedio.

DON PABLO. En eso no te falta razon. Y dígame usted, señor alférez: supongo que habiéndose acabado la guerra pensará usted pedir su retiro.

MARQUES. Hoy mismo escribirá á Madrid para arreglar ese asunto.

DON PABLO. Pues vamos sin perder tiempo á otra cosa, que yo dentro de un rato he de verme con don Marcelino.

MARQUES. Tambien yo. Iremos juntos.

DON PABLO. Siéntate. (Á Rafael con imperio, presentándole una silla.)

RAFAEL. De qué se trata?

DON PABLO. Ya sabes que tenemos que reñirle. (Bajo al Marqués, y siéntase á la derecha de Rafael.)

MARQUES. (Ah, si: habia olvidado...) (Siéntase á la izquierda de Rafael.)

RAFAEL. Me dan ustedes en qué pensar.

DON PABLO. Estamos muy enfadados contigo.

RAFAEL. De veras? (Al Marqués.)

MARQUES. De veras. (Aparentando severidad.)

RAFAEL. Pues qué he hecho yo, que pueda merecer la desaprobacion de usted? (Con sentimiento.)

MARQUES. Qué has hecho? Tu tio Pablo te lo dirá.

DON PABLO. Escucha. Tu padre, que santa gloria haya, fué un calavera de marca mayor.

RAFAEL. Un calavera mi padre?

DON PABLO. Un calavera que derrochó su patrimonio.

RAFAEL. Permítame usted que le diga que está hablando con poca propiedad. No se puede decir que derrocha su patrimonio el hombre que lo invierte, como Dios manda, en obras de misericordia.

DON PABLO. No me vengas á mí con esas. Si dar algo es bueno,

dar á manos llenas no merece disculpa. Tú debias haber heredado...

RAFAEL. Tio, ya he dicho á usted en otras ocasiones... (Con enfado.) Mi padre me dejó lo necesario para vivir.

DON PABLO. Á eso vamos. Con el reducido caudal que heredaste de tu padre, teniendo un poco de prudencia, hubieras podido vivir, si no con lujo, al menos con decoro. Prudencia, dijiste? Ni por pienso. Tu bolsillo, como el de tu padre, ha estado siempre abierto para todo el mundo.

RAFAEL. Hágase usted el cargo. Vé uno miserias, necesidades, y pudiendo remediarlas...

DON PABLO. Como cosa de un mes antes de tu partida para la guerra, averigüé que ya tan solo te quedaban unos treinta mil duros de capital; y habiéndote amonestado y reñido muy seriamente, me hiciste formal promesa de cambiar de conducta, y de no gastar en lo sucesivo de tu capital ni un solo maravedí sin mi conocimiento. Has cumplido tu promesa?

RAFAEL. (Lo sabe.)

DON PABLO. Responde.

MARQUES. Vamos, habla. Tu tio lleva razon. Esto no puede continuar asi.

DON PABLO. Á no ser que quieras ir á parar á San Bernardino.

RAFAEL. Tio...

DON PABLO. No hay tio que valga.

MARQUES. Es ó no verdad que pocos dias antes de salir de Madrid gastaste doscientos mil reales?

RAFAEL. Si, señor: es cierto.

DON PABLO. En qué?

MARQUES. Dilo.

RAFAEL. Es un secreto.

DON PABLO. Alguna locura.

MARQUES. Perdona: (Con sequedad, levantándose.) dueño eres de disponer de lo tuyo como mejor te parezca, y nosotros hacemos mal en querer averiguar tus secretos.

RAFAEL. No me hable usted asi por Dios. (Haciendo que el Marqués se vuelva á sentar.) Todo se lo diré á ustedes. Solamente por delicadeza queria callar. Saben ustedes que don Gregorio Ibañez, conocido en todo Madrid por sus inmensas riquezas y más aún por su increible avaricia, habia aprobado ya el casamiento de su hijo

Eduardo con Enriqueta Salazar, cuando esta desdichada jóven se quedó huérfana, y perdió sus bienes por un imprevisto golpe de la fortuna. Saben ustedes que entonces prohibió á Eduardo enlazarse con ella, y que Eduardo no quiso obedecerle. Don Gregorio le cerró entonces las puertas de su casa, y cuando se encontraba más falto de recursos, empezó á enfermar su mujer. Cercioróse al fin de que esta dolencia era una tísis incurable, y el dolor le trastornó el juicio. Cuanto los médicos ordenaban, cuanto oia decir que habian hecho enfermos del mismo mal, otro tanto puso en práctica, sin que le arredrase contraer deudas enormes. Al cabo de tres años, y al dia siguiente de regresar de un viaje á la isla de la Madera, murió en sus brazos aquella pobre niña, á quien amaba con delirio. Al entrar yo en su casa, le hallé sentado junto al ataud de su esposa, tan pálido y tan inmóvil como ella. No habian podido hacerle derramar ni siquiera una lágrima. Me acerqué á él, le llamé, volvió hácia mí los ojos, y en viéndome, se arrojó en mis brazos y lloró como un niño. Poco despues, su médico me llevó á otra habitacion, y por él supe que Eduardo habia firmado escrituras de depósito para obtener préstamos onerosísimos de usureros sin conciencia, y que de un momento á otro debian prenderle. Era mi mejor amigo! Era tan desgraciado! No vacilé: eché á correr sin declarar á nadie mi pensamiento, pero delante de la puerta me encontré con Eduardo, el cual, vertiendo un mar de lágrimas, me dijo estas palabras, que desde entonces estan grabadas en mi corazon: «Házlo, Rafael, házlo: tú lo has de hacer aunque yo no quiera. Dios permitirá que algun dia te pueda pagar.» Salí á la calle, busqué el dinero...

MARQUES. Y pagaste la deuda? (Con satisfaccion.)

RAFAEL. Si, señor.

DON PABLO. Jesus, qué locura! (Levantándose.) Dar dinero á un hombre que no tenia nada!

MARQUES. Pues por eso se lo dió. (Levantándose.)

DON PABLO. Pues por eso hizo mal.

MARQUES. Por eso hizo bien.

RAFAEL. Tio de mi alma! (Abrazándole.)

DON PABLO. Tú tienes la culpa de todo: tú eres quien le pierde.
MARQUES. Cómo he de reñirle por lo que no puedo menos de aprobar?
DON PABLO. Buen par de majaderos estais los dos con vuestra sensibilidad exquisita y vuestras ideas de caballerosidad y grandeza de alma. Seguid ambos por ese camino, y cuando no tengais una sola peseta...
MARQUES. Tendremos la estimacion de los hombres de bien.
DON PABLO. Boberia! Ya no estamos en los tiempos de don Quijote.
MARQUES. Con efecto, estamos en los de Sancho Panza.
DON PABLO. Sois locos de atar. (Dirigiéndose hácia el foro.)
MARQUES. Pero oye. (Siguiéndole.)
DON PABLO. Estoy sordo. (Saliendo por la verja del foro.)
MARQUES. No te enfades. Aguarda. (Saliendo tambien por el foro.)

ESCENA V.

RAFAEL, y despues CECILIA.

Se toma interés por mí: debo agradecérselo á pesar de todo. (Mirando el reloj.) Las diez. En Carabanchel, por lo visto, se sigue el mismo método de vida que en Madrid, y no almorzaremos hasta las doce ó la una. (Sentándose.) No caí yo en ello, que si no en cuanto me levanté esta mañana me hubiera ido á Madrid á ver á Eduardo, y á la hora de almorzar podia haber estado de vuelta. Pobre Eduardo! Qué será de él? Seguro estoy de que me compadecerá con toda su alma cuando sepa que Cecilia vá á casarse con otro. Hay que convenir en que mi tio no merece perdon de Dios. Haber metalizado un corazon tan expansivo y tan apasionado como el de Felipe! Haber torcido las naturales inclinaciones de su hija, de una criatura tan hechicera, tan angelical! (Cecilia sale por la puerta de la casa y se acerca de puntillas á Rafael.)

CECILIA. Tan hechicera, tan angelical! (Asomando la cabeza por encima de un hombro de Rafael.)
RAFAEL. Ah! eres tú?
CECILIA. Estabas pensando en tu novia?
RAFAEL. Yo no tengo novia. (Levantándose.)

CECILIA. Lo creo, porque como te falta cierta cualidad... (*Haciendo ademan de contar dinero.*)

RAFAEL. Ciertamente.

CECILIA. Si no te hubieras empeñado en tirar el dinero... Segun oí decir un dia á papá, ya no te quedan más que unos treinta mil duros.

RAFAEL. Eso es.

CECILIA. Pues, hijo, la renta de treinta mil duros no es gran cosa...

RAFAEL. No es nada.

CECILIA. Y ahora las muchachas estamos por lo positivo, como dice papá.

RAFAEL. Tararí, tararí, tararí, tararí. (*Pasea por el escenario, tarareando el paso de ataque.*)

CECILIA. Qué poco amable eres, primo! No merecias que una te quisiera tanto como te quiere.

RAFAEL. Me quieres tú mucho? (*Acercándose á ella.*)

CECILIA. Á cual más te queremos todos en casa. Si supieras qué malos ratos hemos pasado durante esa maldita guerra! Papá sobre todo no cesaba un momento de pensar en tí. El tio Antonio la echaba de valiente; pero alguna vez se le saltaron las lágrimas á pesar suyo.

RAFAEL. Y tú, Cecilia; has llorado tú alguna vez por mí?

CECILIA. Digo! llorando á lágrima viva me he pasado dias enteros.

RAFAEL. Será verdad?

CECILIA. Y todas las noches he rezado por tí, arrodillada delante de la Vírgen que tengo en mi alcoba.

RAFAEL. Cecilia!

CECILIA. Y mira una cosa particular. Precisamente á la hora en que por milagro, segun dices, no caiste en poder de los moros, cuando te hicieron esa herida, esta bayo pidiendo á la Vírgen que te amparase. Sin duda oyó mis oraciones, y te salvó con un milagro.

RAFAEL. Muy bien puede ser que te deba la vida. Oh, Cecilia, de qué buena gana te daria un abrazo!

CECILIA. Por poco lo dejas.

RAFAEL. Es verdad. Cecilia! (*Vá á abrazarla y se detiene.*)

CECILIA. Á qué aguardas? (*Quedándose con los brazos abiertos.*)

RAFAEL. No sé si debo...

CECILIA. Pues ayer mismo, no me abrazaste? No somos primos?

RAFAEL. Si, tienes razon, y en prueba de ello... (Vá de nuevo á abrazarla, y de nuevo se detiene confuso.) Ah!

CECILIA. Qué te sucede? (Quedándose otra vez con los brazos abiertos.) Ea, te abrazaré yo.

RAFAEL. Cecilia... (Deteniéndola con un ademan.)

CECILIA. Corriente. Peor para tí. Vaya, hijo, que eres tonto de veras.

RAFAEL. (Urge tomar una resolucion.)

CECILIA. Qué rezas entre dientes?

RAFAEL. Nada. Tararí, tararí, tararí, tararí. (Tarareando el paso de ataque.)

CECILIA. Vuelta al canticio?

RAFAEL. (Por qué no me he de declarar? Que lo sepa al menos.)

CECILIA. Mira: ahora que estamos solos, es buena ocasion para que hablemos de aquello.

RAFAEL. Ah, si. (De su casamiento! Qué necio soy!)

CECILIA. Papá quiere casarme.

RAFAEL. Con tu consentimiento, por supuesto?

CECILIA. Yo no he dicho que si, ni que no.

RAFAEL. Pero querrás mucho sin duda á ese caballero que pretende tu mano.

CECILIA. Ni le quiero, ni le dejo de querer.

RAFAEL. No le amas, y estás resuelta á casarte con él?

CECILIA. Papá dice que un matrimonio es ni más ni menos que una especulacion como otra cualquiera, y el amor, una tonteria que no produce nada, y que inventó allá en los tiempos del oscurantismo la gente pobre y vagabunda.

RAFAEL. (Quede sentado que mi tio es un animal.) Y dime, el novio te quiere como tú á él?

CECILIA. Me quiere como puede querer un hombre de negocios; no como quieren los horteras, los poetas y demas gentecilla de poco más ó menos.

RAFAEL. Ya.

CECILIA. Pero te advierto que si tu opinion fuese contraria á este enlace, en seguida buscaria yo medio para desbaratarlo.

RAFAEL. Tanta confianza tienes en mí?

CECILIA. Más que en mí propia. Ya sabes que siempre has sido mi oráculo.

RAFAEL. Vamos á ver: cómo se llama ese caballero?

CECILIA. Rosendo Muñoz.

RAFAEL. No le conozco. Es persona estimable?

CECILIA. Estimabilísima: tiene dinero!

RAFAEL. Pues no hay más que hablar.

CECILIA. Qué más ha de pedírsele á un novio? Tiene dinero, y esto es lo positivo. No tiene mucho, mucho que digamos: dos millones: yo tengo uno: conque ya ves que para mí no es una ganga. Pero se ha puesto de moda, y papá dice que en media docena de años llegará á ser uno de los banqueros más fuertes de Madrid.

RAFAEL. Ah, pues entonces...

CECILIA. Lo mismo digo yo. Aunque solo sea por aumentar su crédito y darse tono, querrá que su esposa rivalice en lujo con las más encopetadas señoras de la aristocracia... Si vieras qué ganas les tengo... porque, no lo niegues, los títulos sois muy vanidosos! Daré comidas, bailes... En fin tiraré de largo, y viviré como una princesa.

RAFAEL. (Rabia siento de oirla.)

CECILIA. Estás mudo? Habla. Me caso?

RAFAEL. Nada puedo decirte mientras no conozca las cualidades de ese sujeto.

CECILIA. No te he dicho ya que es rico?

RAFAEL. Si: me has dicho que es rico, y que es rico, y que es rico, pero nada más.

CECILIA. Ah, quieres saber algo acerca de su persona?

RAFAEL. Justo.

CECILIA. Pues mira, la verdad; no tiene nada de Adónis. Ni estaria bien que persona de sus circunstancias fuese un barbilindo. Hazte cargo: un banquero para inspirar confianza, necesita...

RAFAEL. Seguramente: cuanto más feo, mejor.

CECILIA. Él, sin embargo, la echa de buen mozo, porque, eso si, tiene muy buenos colores, demasiado buenos. Ademas es un poco gordo... bastante gordo... muy gordo... Pero su misma obesidad le dá cierto carácter de hombre de peso.

RAFAEL. Pues claro está. Si es tan gordo, por fuerza ha de tener traza de pesar mucho.

CECILIA. Te burlas?

RAFAEL. No, sino que me hablas de su exterior, cuando lo que yo deseo conocer es su parte moral.

CECILIA. Oh, tiene mucho de aqui! Es un genio!

RAFAEL. Hay ahora tantos genios en Madrid!

CECILIA. Este no es de pega. En poco más de dos años ha triplicado su caudal.

RAFAEL. Oiga!

CECILIA. Me parece que esto quiere decir algo.

RAFAEL. Vaya!

CECILIA. Un hombre así, bien merece que se le llame genio.

RAFAEL. Merece una estátua.

CECILIA. Por lo menos hemos de convenir en que no es rana, como dice papá.

RAFAEL. Qué ha de ser rana? Es pez!

CECILIA. Y qué pez!

RAFAEL. (Vamos, la pegaria.)

CECILIA. Conque opinas que me conviene para esposo?

RAFAEL. Opino, Cecilia, que vives engañada, y que yo debo decirte la verdad. Qué tráfico indigno es ese de que me hablas? Casarte sin amor! Casarte por codicia! Dar tu mano por dos millones! En poco la has tasado, á fé mia. Vale más: créelo: mucho más. Con todo el oro del mundo no se puede pagar la mano de una mujer honrada. Pobre Cecilia! No habias tú nacido para ser una de tantas señoritas mercaderes, en quienes el corazon es siervo humilde de la cabeza, en quienes la costumbre de calcular destruye y anonada la facultad de sentir. En tí vive un alma noble y generosa: rompe las cadenas con que la tienes aprisionada, y verás cómo vuela. Esa infame sed de oro que te domina, es indisculpable en un corazon helado por la vejez: no hay mayor ignominia para un corazon animado por el fuego de la juventud. Y qué, Cecilia! ¿por las ruines satisfacciones de la vanidad y el egoismo, renunciarás á las delicias del amor; por las vanas pompas de la sociedad, á los santos goces de la familia; por la vida de los sentidos, á la vida del alma? Y si ya hubieses logrado inspirar uno de esos afectos que purifican y ennoblecen al hombre, uno de esos afectos con que únicamente puede labrarse la ventura de la mujer, dime, Cecilia, dime si deberias entonces dejar á quien te diese todo su

corazon, toda su alma, toda su vida, por quien solo te diese onzas de oro ó billetes de banco.

CECILIA. Ese lenguaje...

ESCENA VI.

DICHOS y DON PABLO.

DON PABLO. Aqui está. (Saliendo por la puerta del foro muy sofocado.)

RAFAEL. (Mi tio.) (Procurando serenarse.)

CECILIA. (No sé qué pensar.) (Quédase pensativa, vuelta de espaldas á don Pablo y Rafael.)

DON PABLO. Buena la has hecho.

RAFAEL. Qué me quiere usted decir?

DON PABLO. Ya sabes que fuí á casa de don Marcelino.

RAFAEL. Si.

DON PABLO. Pues bien, allí estaba Pepe Aguilar, y me ha contado que tu amigo Eduardo...

RAFAEL. Eduardo... Qué? Le ha sucedido alguna desgracia?

DON PABLO. Friolera. Ya te dije yo que aquello fué una locura.

RAFAEL. Tio, por favor. Qué le ha sucedido á Eduardo?

DON PABLO. Que se ha muerto.

RAFAEL. Cómo! Qué dice usted?

DON PABLO. Lo que oyes. Que murió hace tres dias.

RAFAEL. Dios mio! Pobre Eduardo! Muerto... Muerto!... (Dejándose caer en un banco y cubriéndose con las manos el rostro.)

CECILIA. Qué es eso? Quién ha muerto? (Saliendo de su abstraccion y acercándose á don Pablo.)

DON PABLO. Eduardo, un amigo de Rafael.

CECILIA. Vamos, no te aflijas así. (Acercándose á Rafael para consolarle.)

DON PABLO. Ay, hija, razon tiene para afligirse.

CECILIA. Con efecto: la muerte de un amigo...

DON PABLO. Si no fuera más que eso...

RAFAEL. Morir tan jóven.... acaso en la miseria... solo, abandonado de todo el mundo! Qué desgracia tan grande!

DON PABLO. Si, muy grande, pero no te limites á llorarla: hay que tomar una determinacion.

RAFAEL. Tio! (Con indignacion, levantándose.)

DON PABLO. Vas ahora á perder el juicio? Asi sois todos los que

la echais de desprendidos. En cuanto se os pone á la prueba...

RAFAEL. Quiere usted callar?

DON PABLO. No hay que desesperarse. Quizá el difunto haya dejado algo...

RAFAEL. Oh, hará usted que me olvide de todo!

CECILIA. Pero qué sucede?

DON PABLO. Lo dicho; que está fuera de sí. Aguardaremos á que vuelva su tio Antonio. El lance no es para menos. Diez mil duros! Doscientos mil reales! (Dirigiéndose hácia la puerta de la casa y entrando por ella.)

ESCENA VII.

RAFAEL y CECILIA.

CECILIA. Qué te decia papá? Por qué te has enojado con él?

RAFAEL. Perdóname, Cecilia. Tu padre es un hombre juicioso, y yo soy un soñador, un loco, un salvaje. Me volveré al África: no para hacer la guerra á los moros, sino para vivir con ellos.

CECILIA. Tranquilízate.

RAFAEL. Padezco mucho. He perdido á un amigo, á un hermano.

CECILIA. Tanto le querias?

RAFAEL. Oh, no es fácil que nadie pueda comprender la intensidad del cariño que nos teniamos. Para él no hablaba yo en hebreo; para él no era yo un ser extravagante, digno solo de desden ó de lástima. Que si le queria, me preguntas? Parece que la Providencia habia dispuesto enlazar con vínculos eternos nuestras almas, llevándonos en la vida por un mismo camino, y haciéndonos partícipes de unas mismas alegrias y unos mismos dolores. Teniamos igual edad: nos conocimos siendo niños: juntos gozamos de los primeros recreos de la infancia: juntos hicimos los primeros estudios: juntos recibimos la primera comunion. Acababa yo de perder á mi madre, cuando él perdió á la suya; y nuestras lágrimas corrieron unidas, y unidas subieron al cielo nuestras oraciones. Á un tiempo sentimos ambos nuestro primero y único amor, y el uno al otro nos confiábamos pe-

nas y alegrias, temores y esperanzas. Él me hablaba de su Enriqueta, y yo, Cecilia... yo le hablaba de tí!

CECILIA. De mí!

RAFAEL. De tí, á quien ha consagrado mi corazon un afecto que durará tanto como mi vida. Qué importa que lo sepas? Con esta declaracion no turbo la paz de tu alma. Ni tú me has de amar, ni yo puedo aspirar á la dicha de llamarte esposa. Pero ya seria insufrible para los dos seguir viviendo bajo un mismo techo, y tratándonos con la confianza de primos. Ademas, necesito estar solo para llorar al amigo que he perdido, para encomendarle á Dios. Oh, era muy bueno, y la infinita Misericordia le habrá dado ya la paz de los justos. Adios, Cecilia. Discúlpame con los tios. Díles que un negocio urgente... Volveré cuando estés casada. Adios... No quieres darme la mano? (Cecilia le alarga la mano, muy turbada, y él se la estrecha muy conmovido.) Adios, Cecilia... Adios para siempre. (Váse precipitadamente por el foro izquierda.)

ESCENA VIII.

CECILIA, luego el MARQUÉS, y despues DON PABLO.

CECILIA. Ha dicho que me ama... Quién se habia de imaginar!... Y se vá. En ese estado... Con el calor que hace... Qué dirá luego papá... y el tio Antonio?... No, no debo permitir que se vaya. (Corriendo al foro, mirando hácia la izquierda y llamando á Rafael.) Rafael! Rafael! Ah! ya vuelve. No, se despide con la mano y echa á correr. (Mirando hácia la derecha.) Oh! por allí viene el tio Antonio. (Llamándole.) Tio Antonio! Tio Antonio!

MARQUES. Qué es eso, muchacha? (Dentro.)

CECILIA. Venga usted corriendo. Ha vuelto á pararse. (Mirando otra vez hácia la izquierda.) Me ama desde hace mucho tiempo.

MARQUES. Ocurre algo? (Saliendo precipitadamente por el foro derecha.) Por qué me llamas?

CECILIA. Ay tio! Rafael ha sabido la muerte de su amigo Eduardo, y lleno de dolor ha echado á correr, y dice que se vá para siempre.

MARQUES. Qué locura!

CECILIA. Vaya usted á detenerle.

MARQUES. Si, voy corriendo...

CECILIA. Y si usted supiera!...

MARQUES. Qué?

CECILIA. Nada, nada... (Conteniéndose.) Corra usted.

MARQUES. Rafael! Rafael! (Váse por el foro izquierda, gritando y haciendo señas con un pañuelo.)

CECILIA. Vamos, si parece mentira...

DON PABLO. Eras tú quien gritaba? (Asomándose á la ventana de la izquierda.)

CECILIA. Si, papá: yo era.

DON PABLO. Qué hay?

CECILIA. Nada ya.

DON PABLO. Muñoz me ha escrito. Acepta el convite y vendrá mañana á comer con nosotros.

CECILIA. (El demonio del hombre!)

DON PABLO. Y mira: me ha enviado un retrato suyo de tarjeta.

CECILIA. (Estará precioso.)

DON PABLO. Sube, y lo verás. (Don Pablo se retira de la ventana y Cecilia vá corriendo á la verja del foro.)

CECILIA. Allá voy. Estan juntos. Parece como que disputan... Volverá?

DON PABLO. No subes? (Asomándose otra vez á la ventana.)

CECILIA. Si: ahora mismo. (Avanzando un poco hácia donde está don Pablo, y despues corriendo de nuevo al foro.) Oh, ya vuelven los dos.

DON PABLO. Pero, muchacha...

CECILIA. Dále, que voy en seguida! (Con enfado.) Me ama... me ama... Cosa mas particular! (Dirigiéndose hácia la puerta de la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala. Á la izquierda en el primer término una consola con espejo, y una puerta en el segundo: un bastidor y una butaca. Á la derecha una puerta en el primer término y una ventana en el segundo: un velador y otra butaca. En el velador habrá tintero, papeles y un álbum de retratos. Otra puerta en el foro. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS y DON PABLO.

MARQUES. Ciertamente que es una desgracia, pero ¿qué quieres que haga el muchacho?

DON PABLO. Nada: estarse con los brazos cruzados, llorando al difunto.

MARQUES. Tambien te parece mal que sienta la muerte de un amigo?

DON PABLO. Me parece mal que no tome una determinacion.

MARQUES. Cuál?

DON PABLO. Irse ahora mismo á Madrid, ver si el difunto ha dejado algo, y reclamar judicialmente el pago de la deuda.

MARQUES. Estás en tu juicio? Eduardo ha muerto punto meno que en la miseria, y en ningun caso habia de cons sentir Rafael en infamar la memoria de un amigo.

DON PABLO. Claro es: un caballero andante no puede tener sen-

tido comun. Pues si Eduardo ha muerto en la miseria, su padre es riquísimo: acúdase á él inmediatamente.

MARQUES. El señor Ibañez está hace tiempo en el extranjero.

DON PABLO. Correos hay.

MARQUES. Ese hombre es un avaro.

DON PABLO. Pero ¿qué se pierde en probar?

MARQUES. Mira, Pablo: el señor Ibañez no debe nada á Rafael, y Rafael no puede pedirle nada. Tu sobrino tuvo un dia la satisfaccion y la honra de portarse como caballero, como hombre de bien, como buen amigo, á costa de doscientos mil reales. Y quieres que te diga la verdad? Semejante satisfaccion, semejante honra, no me parecen caras.

DON PABLO. Perfectamente, señor Marqués: estamos enterados y no hay que hablar más del asunto. Beso á usted la mano.

MARQUES. Escucha. Creo haberte oido decir que mañana vendrá á comer con nosotros el señor de Muñoz.

DON PABLO. Y qué?

MARQUES. Que es preciso que mañana mismo le desengañes.

DON PABLO. Cómo que le desengañe?

MARQUES. No te ha pedido la mano de Cecilia?

DON PABLO. Te he dicho ya que mi resolucion es irrevocable. Quiero—Entérate bien.—Quiero que mi hija se case con Muñoz.

MARQUES. Entendámonos, Pablo. De qué se trata aquí? De casar ó de vender á Cecilia?

DON PABLO. Esa pregunta...

MARQUES. Dar una hija en matrimonio, por la sola razon de que el hombre á quien se le da tiene dinero, más que casarla, parece venderla.

DON PABLO. Pero si ella no repugna este casamiento.

MARQUES. Y he ahí el fruto de la educacion que estás dando á tus hijos. Felipe quiere casarse con una mujer que tiene cuatro millones de dote, y Cecilia con un bolsista afortunado, de resultas de ser para entrambos axioma inconcuso, que el dinero es la única felicidad que existe en la tierra, y que un enlace, grato á Mercurio, no necesita para nada la aprobacion de Cupido.

DON PABLO. Y por qué no han de estar de acuerdo en esta oca-

sion el amor y el interés?

MARQUES. No hace todavia tres meses, Rosendo Muñoz era novio de Juana Wisley, tu hijo amaba ciegamente á Matilde, y Cecilia apenas conocia á Muñoz. Hoy tu hijo, aceptado para yerno, con preferencia al otro candidato, por el padre de Juana, va á casarse con ella, y Muñoz, sin duda porque á falta de pan buenas son tortas, va á casarse con Cecilia. Es esto natural? ¿Cabe en lo posible que Felipe ame á Juana, ni Juana á Felipe, ni Muñoz á Cecilia, ni Cecilia á Muñoz?

DON PABLO. Juana y Muñoz tienen mayor caudal que mis hijos. Si de estos puedes suponer que abrigan miras interesadas, me parece que de los otros no podrás suponer lo mismo.

MARQUES. Te equivocas. Puedo suponer que Muñoz y el padre de esa señorita se llevan la mira de afirmar su crédito, emparentando con un hombre como tú, cuya formalidad y honradez en los negocios son proverbiales en todo Madrid.

DON PABLO. Para qué necesitan ellos mi sombra?

MARQUES. Quién sabe si tendrán algo que tapar.

DON PABLO. No te falta más sino decir que son unos bribones.

MARQUES. Pues lo diré para que nada me falte. Muñoz es un hombre sin conciencia, frio y egoista, capaz de vender á Dios como Judas, bien que sacando de la venta mejor partido. En cuanto á ese señor anglo-americano que de la noche á la mañana se nos apareció en Madrid como pájaro de mal agüero, te haré notar únicamente que su historia es algo confusa, y que él aún no ha querido tomarse la molestia de ponerla en claro.

DON PABLO. En materia de honra,—no podrás negármelo,—soy yo tan exigente y delicado como tú mismo. Pruébame con hechos concretos que esos caballeros no merecen nuestra estimacion, y ya verás qué pronto les doy pasaporte. De lo contrario, la boda de Felipe se verificará dentro de unos dias, y la de Cecilia el mes que viene á más tardar.

MARQUES. No será con mi aprobacion.

DON PABLO. Pero ¿qué manía es esa que te ha entrado de que mis hijos se queden solteros?

MARQUES. Á mí no me ha entrado tal manía. Lo que yo quiero

es que Felipe se case con Matilde, y Cecilia...

DON PABLO. Lo que tú quieres es un disparate.

MARQUES. Que fué siempre el sueño dorado de tu mujer. Si ella viviera!...

DON PABLO. No me hables de eso, porque se me exalta la bílis. ¿Casar á mi hija con su dichoso primito! Ni siquiera me lo digas. Con un maniroto, con un soñador, con un hombre que arruinaría á su mujer por el gusto de hacer un favor á un amigo!

MARQUES. El otro la arruinaría por el afan de desplumar al prójimo.

DON PABLO. Lo cierto es que el otro tiene cada dia más, y Rafael cada dia menos.

MARQUES. Compara el corazon del uno con el del otro.

DON PABLO. Para el corazon no hay contraste; su valor es, por consiguiente, imaginario, y yo me atengo á lo positivo. Pero ¿á qué nos cansamos en balde? Rafael ¿quiere á Cecilia?

MARQUES. Sí.

DON PABLO. No.

MARQUES. Sí.

DON PABLO. Lo ha declarado él alguna vez?

MARQUES. No.

DON PABLO. Pues entonces...

MARQUES. Pues entonces la quiere.

DON PABLO. Convenido. Y Cecilia ¿quiere á Rafael?

MARQUES. Sí.

DON PABLO. Pero hombre!...

MARQUES. Te confesaré que le quiere sin saberlo ella misma.

DON PABLO. Ella misma no lo sabe y tú sí?

MARQUES. Ahí verás.

DON PABLO. Abur. (Váse muy de prisa por el foro.)

ESCENA II.

El MARQUÉS y RAFAEL.

MARQUES. Durillo de pelar está todavia: ya se le irá amansando la cólera. Hola: has consentido al fin en darte á luz? (Á Rafael, que sale por la puerta de la derecha.)

RAFAEL. Felipe, que volvió de Madrid hace un rato, se em-

peñó en verme, y por no reñir con él.., (Dejándose caer con desaliento en la butaca que habrá al lado del velador.)

MARQUES. Reñir?

RAFAEL. No sabe usted cuánto le ha divertido mi afliccion. Llorar la muerte de un amigo, debe ser cosa muy ridícula.

MARQUES. Quizá haya sido su intento ver si lograba distraerte.

RAFAEL. Quizá. (Pausa.)

MARQUES. Cecilia me ha preguntado varias veces por tí. (Acercándose á él.)

RAFAEL. De veras? (Animándose.)

MARQUES. Si: como te quiere tanto!

RAFAEL. Si, mucho. (Con abatimiento.)

MARQUES. Ah! Sabes que va á tomar estado?

RAFAEL. Ya lo sé.

MARQUES. Quien te lo ha dicho?

RAFAEL. Ella.

MARQUÉS. El futuro es persona bastante vulgar, poco estimable. Lo siento. Y tú?

RAFAEL. Yo tambien.

MARQUES. Lástima da que una muchacha tan linda... Porque es muy linda, verdad?

RAFAEL. Cierto, muy linda. (Fingiendo indiferencia.)

MARQUES. Y tan graciosa, tan simpática... eh?

RAFAEL. Sí.

MARQUES. La pobre merecia mejor acomodo... No?

RAFAEL. Sí, señor, sí.

MARQUES. Rafael. (Poniéndole una mano en el hombro.)

RAFAEL. Qué? (Sobresaltado.)

MARQUES. Mírame á la cara.

RAFAEL. Para qué? (Mirándole muy turbado.)

MARQUES. Amas á tu prima?

RAFAEL. Si señor: como un loco, con toda mi alma! (Con abandono y levantándose.)

MARQUES. No me cuentas nada nuevo.

RAFAEL. Pues cómo ha podido usted adivinar?...

MARQUES. Te conozco mucho, porque te quiero mucho.

RAFAEL. Como un padre!

MARQUES. Ni más ni menos. Y qué piensas hacer?

RAFAEL. Irme de aquí.

MARQUES. Le has dicho algo?

RAFAEL. Si, señor.

MARQUES. Y qué?
RAFAEL. Nada.
MARQUES. Insiste en casarse con ese majadero?
RAFAEL. Ese majadero ha sabido hacerse rico. Para ella es un Salomon.
MARQUES. Hay que ponerla en cura inmediatamente.
RAFAEL. No, señor. Déjela usted.
MARQUES. Dejarla? Que si quieres? Haremos que despida al señor don Rosendo Muñoz...
RAFAEL. Ba!
MARQUES. Y que te ame á tí...
RAFAEL. Pero...
MARQUES. Y que se case contigo.
RAFAEL. Si usted supiera lo que me mortifica con esa broma!
MARQUES. No es broma. Hablo con toda formalidad.
RAFAEL. Pues qué! formalmente cree usted posible?...
MARQUES. Y probable.
RAFAEL. Ojalá pudiera yo creerlo tambien!
MARQUES. Este matrimonio te conviene á tí que la amas.
RAFAEL. Lo que es á mí...
MARQUES. Y á ella que te amará, y será feliz á tu lado.
RAFAEL. Eso sí: á mi lado seria muy dichosa.
MARQUES. Y á mí que voy ya acercándome á Villavieja, y necesito una familia que me cuide y me haga partícipe de su felicidad.
RAFAEL. Á qué alimentar esperanzas irrealizables?
MARQUES. Si es que tú no quieres casarte con Cecilia...
RAFAEL. ¿Yo!
MARQUES. Si prefieres que se la lleve el otro...
RAFAEL. ¿Yo!
MARQUES. Si te parece justo abandonar á esa pobre criatura, para que tomen vuelo sus pícaras inclinaciones, y acabe por ser vil idólatra del lujo y los placeres...
RAFAEL. Eso hay que evitarlo á toda costa.
MARQUES. Pues cásate con ella, aunque no sea más que por hacer una obra de caridad.
RAFAEL. Usted sueña.
MARQUES. Allá lo veremos. Prométeme quedarte en Carabanchel, y escribe ahora al general pidiéndole tu retiro.
RAFAEL. Qué prisa corre?
MARQUES. Ninguna, pero hazlo.
RAFAEL. Como usted quiera... Oh! (**Vá á dirigirse hácia el vela-**

dor, y se detiene.)

MARQUES. Qué ocurre?

RAFAEL. Han abierto la puerta de su habitacion. (Mirando hácia la izquierda.) Es ella! (Echando á correr hácia el foro.)

MARQUES. Aguarda. (Deteniéndole.)

RAFAEL. No me detenga usted.

MARQUES. Chico, chico! (Poniéndole una mano sobre el corazon.) parece que tienes aquí dentro una herreria.

RAFAEL. Déjeme usted, por Dios.

MARQUES. Así se ama á los quince años.

RAFAEL. Así se ama á todas las edades. No hay más que una manera de amar. (Váse por el foro.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS y CECILIA.

El Marqués se sienta junto al velador, y hojea el álbum de los retratos. Cecilia vá á la puerta del foro, y mira hácia dentro.

CECILIA. (Huye de mí.)

MARQUES. (Parece que no le ha gustado que se vaya.)

CECILIA. Está ya más consolado Rafael? (Sentándose en la butaca al lado del bastidor.)

MARQUES. Sí: ya se va consolando.

CECILIA. Se conoce que ha sentido mucho la muerte de ese amigo suyo.

MARQUES. Como tiene buen corazon, y le queria entrañablemente...

CECILIA. Luego papá le dió la noticia de un modo tan brusco!... Estaba con usted?

MARQUES. Quién, tu padre?

CECILIA. No: mi primo.

MARQUES. Sí.

CECILIA. Y adónde se ha ido? Á su habitacion otra vez?

MARQUES. Creo que sí.

CECILIA. Pero ya no querrá marcharse?

MARQUES. No sé. Ja, ja, ja. (Riéndose.)

CECILIA. Por qué se rie usted?

MARQUES. Por nada.

CECILIA. Por algo será.

MARQUES. Me ha hecho gracia uno de estos retratos.

CECILIA. El de don Marcelino, que parece un fideo? (Riendo.)

MARQUES. No: el de otro que parece un tonel.

CECILIA. Cuál? (Con recelo.)

MARQUES. No quiero decírtelo.

CECILIA. Á ver, á ver. (Corriendo al lado del Marqués y mirando e álbum.)

MARQUES. Si te empeñas...

CECILIA. Ah!... (Enojada.)

MARQUES. Sí, hija: tu futuro es quien me hace reir. Él será todo lo que se quiera, pero su facha... Hemos de convenir en que su facha no tiene nada de seductora. Tan colorado... tan gordinflon!... Echándola siempre de ostentoso y magnífico! Y mira, mira qué buena idea ha tenido el picaruelo! Se ha hecho iluminar en el retrato las sortijas, la cadena del reló, los botones del chaleco, el alfiler de la corbata y los gemelos de las mangas de la camisa. Y luego ¡qué actitud tan interesante y tan mona! De veras que está hermoso y reluciente como un sol. Si podrá decirse tambien de este caballerito:

Pues lo mejor que tiene es la figura.

CECILIA. Vaya, tio, que no me parece regular que se burle usted así de un hombre con quien papá quiere casarme.

MARQUES. No te apures, tontuela. Esto no es más que una broma.

CECILIA. Algo pesada.

MARQUES. Ya sabes que me gusta hacerte rabiar. Y la verdad, necesitaba desahogarme con álguien, porque tu señor primo me está dando unos ratos!...

CECILIA. Pues qué hace?

MARQUES. Aburrirme de lo lindo con sus continuas lamentaciones.

CECILIA. Como es tan bueno, y queria tanto al difunto, segun usted mismo ha dicho...

MARQUES. Si no hubiera más que eso.

CECILIA. Qué más hay?

MARQUES. Es un secreto.

CECILIA. Un secreto de Rafael?

MARQUES. Sí.

CECILIA. Ay, tio, si usted me lo quisiera contar!

MARQUES. Curiosilla.

CECILIA. Al fin mujer.

MARQUES. No hay inconveniente en que lo sepas con tal que no te des por entendida con nadie.

CECILIA. Descuide usted, yo soy muy callada.

MARQUES. Pues bien: figúrate que ahora descubro que el señorito está enamorado.

CECILIA. Ah! (Turbada.)

MARQUES. Enamorado á macha-martillo. Creyó al irse á la guerra, que las emociones de la vida de soldado bastarian á curarle de su insensato amor. Vana esperanza. Exaltada su imaginacion en la guerra, cada dia fué tomando mayor incremento la pasion que le absorbe y domina. Me ha contado que durante la noche (Con mucha expresion.) cuando el campamento yacia sumergido en la más profunda oscuridad, le parecia ver cruzar por en medio de las tiendas de campaña al dulce objeto de su amor, como deidad dispensadora del sueño y de la paz; y que cuando entraba en combate invocando como los antiguos héroes á su Dios y su dama, volvia á verla en los aires, convertida en ángel de la victoria.

CECILIA. (Cómo me late el corazon!) Y usted, sabe quién es ella?

MARQUES. Ni á tiros ha querido decírmelo.

CECILIA. Con que tanto la ama?

MARQUES. Con frenesí. ¡Que aun los seres más nobles y más perfectos han de estar sujetos á vergonzosas debilidades!

CECILIA. Es delito el amar?

MARQUES. Si, cuando se ama á un objeto indigno de ser amado. Mira tú qué casta de pájaro será la niña, cuando no hace caso de un hombre como Rafael, por la sola razon de que no tiene tanto dinero como ella quisiera.

CECILIA. Seamos justos... Rafael tiene muy poco, y si esa señorita está bien acomodada...

MARQUES. La muy trasto!... (Cecilia hace un movimiento.) Pues qué más puede ella apetecer que ser esposa de un duque?

CECILIA. Tio, usted vive muy atrasado de noticias, como dice papá. Hoy los títulos de nobleza...

MARQUES. Si, ya sé que no se cotizan en la bolsa.

CECILIA. Y como ahora estamos por lo positivo...

MARQUES. No se os cae de la boca esa palabrilla ni á tu padre ni á tí. Qué es lo positivo?

CECILIA. Lo positivo es... lo que tiene cuenta.

MARQUES. Y qué es lo que tiene cuenta?

CECILIA. Lo que tiene cuenta... es tener dinero...

MARQUES. El dinero en un instante se puede perder, y antes acarrea males que bienes. La virtud es patrimonio más seguro y más positivo.

CECILIA. Pero Rafael ¿qué cuenta de esa señorita?

MARQUES. Oh, él asegurá que es un modelo de inocencia y candor, de hermosura y de gracia: que ninguna otra mujer tiene un talle más esbelto, ni unos ojos más seductores... De sus ojos dice cosas estupendas... Que son negros, rasgados, de largas y caidas pestañas... Así por el estilo de los tuyos... (Cecilia baja los ojos ruborizada.) Que el hombre que al verlos, no se turbe y suspire de amor, no puede tener alma... En fin mil majaderias, á cual más hiperbólica y desatinada.

CECILIA. Eso dice? (Muy turbada.)

MARQUES. Eso y más; pero yo de sus palabras he deducido que á esta octava maravilla, debe sucederle lo que al busto de la fábula... Recuerdas tú la fábula de la zorra y el busto?

CECILIA. Sí.

MARQUES. Cómo es?

CCILIA.

Dijo la zorra al busto,
despues de olerlo,
tu cabeza es hermosa,
pero...

MARQUES. Continúa.

CECILIA. No me acuerdo de más. (Con despecho.)

MARQUES. Yo lo recuerdo ahora.

Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.

CECILIA. (Se estará burlando de mí!)

MARQUES. El seso es lo que yo creo que ha de faltarle á esa preciosidad. De fijo será una señorita muy callejera, muy danzarina, muy aficionada á dijes y moños...

CECILIA. Pero, no conociéndola ¿de dónde saca usted?...

MARQUES. De esas, que estan por lo positivo, y sueñan con la

dicha de pescar un marido millonario, á quien poder arruinar impunemente y sin escrúpulo.

CECILIA. Qué lengua tiene usted, tio!

MARQUES. Seguro estoy de que no la levanto ningun falso testimonio. Quieres apostar algo á que es una chiquilla insustancial y casquivana?...

CECILIA. Otra te pego!

MARQUES. Una pollita á la última moda?...

CECILIA. (Ay qué sinapismo!)

MARQUES. Una coquetuela de tres al cuarto?

CECILIA. Vaya, tio, que esto no se puede sufrir! (Con ira, sin poderse contener.)

MARQUES. Y á tí ¿qué te importa?... Ah, ya caigo... Sin duda conocerás á la ninfa: serás amiga suya.

CECILIA. No, señor: no la conozco.

MARQUES. Embusterilla. Á quién se parece por detras?

CECILIA. Dale machaca! No lo sé. (Sentándose en la butaca de la izquierda.)

MARQUES. Perdona... Si me hubieras advertido que es amiga tuya... Cuando la veas, dile que lo piense bien, que mire lo que hace, que un marido como Rafael no se encuentra todos los dias. (Apoyándose en el respaldo de la butaca en que está sentada Cecilia.) Dile que con el dinero se puede fundar una casa espléndida, pero no constituir una familia dichosa; que con el oro de su marido comprará una mujer galas para su cuerpo, no satisfacciones para su alma; que las riquezas no siempre tienen por compañera á la alegria. Dile que huya del peligro de parecerse á esas deidades de la moda, para quienes el único fin de la vida es lucir y gozar, y cuyo empedernido y encanallado corazon solo ve en el amor de esposa un estorbo molesto, una traba odiosa en el amor de madre, un yugo insufrible en el amor de Dios. Dile que esos placeres por qué anhela, son flores venenosas que halagando los sentidos estragan el alma; y que si mientras sea jóven y linda, el mundo tendrá para ella resplandores que la ofusquen y ruido que la aturda, luego en la vejez, desterrada al hogar doméstico, cercada de silencio y oscuridad, sentirá frio en el corazon, y en vano buscará calor en otros corazones; en vano pedirá amor á su esposo y sus hijos, porque su espo-

so no la amará, y sus hijos tampoco la amarán. Dile, en fin, que buscando la dicha por tan errada senda, solo hallará cruel hastio, y acaso vergüenza, en esta vida, y en la otra... sábelo Dios! Pero ahora caigo en que he echado por los cerros de Úbeda, y te estoy aburriendo con mi charla. Ya te dejo en paz. Voy á ver qué hace ese nuevo Calixto. ¡Mire usted, quien se habia de imaginar que fueses tú amiga de su Melibea? Hasta luego, sobrinita, hasta luego. Ja, ja, ja. (Váse riendo por el foro.)

ESCENA IV.

CECILIA.

Y se rie! Pues maldita la gracia que me ha hecho á mí. Sabrá que la persona á quien ama Rafael?... No me hubiera dicho cosas tan fuertes. Vaya un ratito! (Haciéndose aire con un abanico que habrá tomado antes de encima del bastidor. Pausa.) Desde que sé que me quiere, estoy inquieta... desazonada. Cualquiera otra mujer que hubiese logrado inspirar á Rafael un amor tan grande, por fuerza tendria que envanecerse. Por qué me querrá tanto? La verdad, yo no creo merecer... (Incorporándose un poco para mirarse en el espejo que hay sobre la consola, y componiéndose el peinado con la mano.) Y lo que es quererle... tambien yo le quiero á él. Le quiero mucho... Quizá algo más de lo que se puede querer á un primo á secas. Y luego el predominio que ejerce sobre mí, el respeto que me infunde... Ja, ja. (Riendo y levantándose.) Estoy haciendo una novela. (Andando de un lado á otro de la escena.) Y que aun cuando le tuviese alguna inclinacion, no por eso habia de cometer la torpeza de darle mi mano. Bonita vida iba yo á pasar! Bien presente tengo la distinta suerte que han corrido mis dos compañeras de colegio, Luisa y Elena. La una se casó por amor con un pobre, y vive oscurecida, padeciendo molestias y privaciones. La otra dió con un archimillonario y no hay placer de qué no disfrute, y está siendo la delicia de Madrid. No, pues si yo me caso con Muñoz, he de hacer

ver á la presumida de Elena que no es ella sola quien puede lucir en el mundo. (Sentándose á la derecha.) Muñoz á todo dirá amen. Le gobernaré á mi antojo. Este sí que no me infunde ni pizca de respeto. Una casa magnífica, trajes riquísimos, coches, caballos, banquetes, bailes... Si el tio Antonio me oyera, diria que soy una chiquilla insustancial y casquivana, una coquetuela de tres al cuarto!... Uf! qué calor hace hoy tan insoportable! (Como desahogando su mal humor. Se levanta abanicándose muy de prisa.) Esas voces... (Asomándose á la ventana.) Mi tio y Rafael que estan disputando en el jardin con mi padre y mi hermano. Qué será? Ah!... (Dando un grito y retirándose de la ventana.) Me ha visto!... Y qué tenemos con que me haya visto? Pues no estoy temblando! Es que me ha mirado de un modo! (Quédase meditabunda. Pausa.) Si tuviera algo más... Cá! Con lo suyo y lo mio es imposible vivir ni medio decorosamente. (Se sienta cerca del velador y toma papel y pluma.) Rafael tiene treinta mil duros. Yo, un millon. Es inútil esperar que él especule con este dinero. Renta de su capital al seis por ciento— Treinta y seis mil reales. Renta del millon—Sesenta mil. (Vá haciendo las operaciones y escribiendo en un papel las partidas que se indican en el diálogo. Las pausas se dan á entender con rayitas horizontales.) Ingresos—Noventa y seis mil reales. Gastos. La casa... Cuánto pondremos de casa? Qué! Si es un horror el precio que hoy tienen las casas en Madrid? Ya se ve: como llegan al cielo, estan por las nubes. Casa con cuadra y cochera—veinticuatro mil. Ahora el plato. El plato! Si uno pudiera reducirse á sota, caballo y rey. Imposible. Para no ponerse en ridículo, es preciso comer bien. Ademas, en casa no faltarian convidados. Hay tanta gente aficionada á comer en casa ajena. En fin, calcularemos á ocho duros diarios, que al año hacen—cincuenta y ocho mil cuatrocientos reales. Suprimiré el pico. No quiero ser despilfarrada—Para vestirme necesitaré... Miedo da pensar en este renglon! Por poco, por poco... Qué! un dineral! Si ahora con los pícaros miriñaques y las malditas colas, se necesita para cada traje una pieza de tela. Y que forzosamente tendré que comprar-

me alguna alhaja de cuando en cuando. Para no ir hecha un pingo, necesitaré por lo menos... Y es una miseria. Por lo menos—cuarenta mil reales. Rafael con poco tendrá bastante. Él es modesto, y un hombre por mucho que quiera gastar en el adorno de su persona... Porque no diga le pondré ocho mil reales, pero es demasiado.—Coches... Yo no puedo vivir sin coche. Qué se diria! Sostenimiento de una berlina... y una carretela—treinta mil reales.—Palco en el Teatro Real. De esto sí que no se puede prescindir. Y vaya si está caro el dichoso Teatro Real! Pero ¿qué remedio? El canto es lo que priva entre la gente *comme il faut*, y para ser persona decente hay que concurrir á la ópera, ó en último extremo á la zarzuela, donde si se habla un poco, tambien se canta otro poco, y váyase una cosa por otra. De comedias, líbrenos Dios: porque ya se vé, como en las comedias todo se vuelve hablar... Aunque la verdad es que al Teatro Real nos lleva la moda más que la aficion á la música. Oir la ópera es allí lo de menos: lo que allí importa es que nos vean en un palco pagado á peso de oro, saludando á fulanito y á menganito, con la falda del traje rebosando por encima del antepecho, luciendo blondas, flores y diamantes, y sobre todo muy escotadas, muy escotadas! Palco en el Teatro Real—veintiun mil. Por todos los demas gastos—veinte mil. Imprevistos. Despues se ocurren tantas cosillas... Los baños en el verano... ¿Ya qué persona de alguna educacion deja de necesitar en el verano baños ó aguas minerales? Un viajecillo al extranjero... Imprevistos—otros veinte mil reales. Me parece que no he podido estar más económica y ahorrativa. Ea, vamos á ver á cuánto asciende el total. Cero... y cero... cero. Cuatro y ocho, doce, y ocho, veinte... (Sigue sumando entre dientes.) Jesus! Doscientos veintiun mil de gastos, y de ingresos noventa y seis mil. Qué horror! Un déficit de seis mil duros... y pico! (Levantándose.) Pero buena tonta soy yo... Que tenga paciencia mi señor primo. Pobrecillo! Me dá tanta lástima!... Si se podrá rebajar algo? Valor. (Volviéndose á sentar y haciendo enmiendas en el presupuesto con ra-

pidez) En la casa—seis mil. En el plato—doce. En mis gastos de tocador... No: lo que es en esto no puedo rebajar ni dos cuartos. En los gastos de Rafael—tres mil reales... y es poco. Carruajes... Fuera la berlina.—Palco... Tomaré un tercer turno.—Aquí—seis. Aquí—ocho. Total de las rebajas—sesenta y un mil reales. Déficit—sesenta y cuatro mil! (Tirando la pluma con ira y levantándose.) Nada: no sale la cuenta. Y es el caso que cuanto más lo pienso... Vamos, no sé qué hacer! Estoy desesperada!

ESCENA V.

CECILIA y DON PABLO.

DON PABLO. Se salió con la suya! (Saliendo por el foro.)
CECILIA. Oh, papá.
DON PABLO. Esto es lo que me achicharra la sangre!
CECILIA. Has recibido alguna mala noticia? Qué papeles son esos?
DON PABLO. No lo ves? Un periódico.
CECILIA. Y una carta.
DON PABLO. Ah, toma. Es de tu amiga Luisa. (Dándole la carta.)
CECILIA. Qué fastidio! (Echando la carta encima del velador.) Creí que esos papeles eran causa de tu mal humor.
DON PABLO. Pues lo has acertado. No sabes lo que ocurre?
CECILIA. Qué?
DON PABLO. Que tu hermano ya no se casa.
CECILIA. Será posible!
DON PABLO. Este periódico que la habia tomado con Wisley por una cuestion de ferro-carriles, asegura hoy, con muchos visos de verdad, que años atrás hizo bancarrota fraudulenta en los Estados-Unidos, y que por tal razon emigró de aquel pais.
CECILIA. Y eso ¿será cierto?
DON PABLO. Parece que si. Pero si este periódico no hubiera corrido... ¿Para cuándo son las recogidas, señor! ¿En qué piensa el Gobierno! (Tirando el periódico encima del velador.)
CECILIA. Y tú, ¿qué has hecho?
DON PABLO. Escribir á Wisley aplazando la boda hasta que el

asunto se haya puesto en claro. Esto, como ves, equivale á un rompimiento formal. Asi lo han querido mi bendito cuñado y mi adorable sobrinito. Felipe se ha vuelto á Madrid hecho una furia, jurando y perjurando que se casará sin mi consentimiento. Buena fortuna se le escapa de entre las manos. Un dote de cuatro millones: de cuatro millones al contado!

CECILIA. Y qué remedio? Si ese hombre es un bribon...

DON PABLO. Lo mismo digo yo. Solo que ya estoy harto de consejeros, y si no mirara que Antonio es hermano de aquella santa que está en el cielo... Pero si con él no me atrevo, lo que es á Rafaelito yo le aseguro...

CECILIA. Á Rafael!

DON PABLO. Buenas cosas vá á oir de mi boca.

CECILIA. Me harás el favor de no decirle una palabra tan siquiera. (Imperiosamente.)

DON PABLO. Que no? Ya verás.

CECILIA. Bueno, se lo contaré al tio Antonio. (Dirigiéndose hácia el foro.)

DON PABLO. Quieta aquí. Sabes por qué se opone al casamiento de tu hermano? Por envidia.

CECILIA. Por envidia... si, por envidia...

DON PABLO. Claro está. Quién ha de querer casarse con él?

CECILIA. Quién?... (Estaba por decirle que yo.)

DON PABLO. Seguramente no será una mujer que tenga cuatro millones de dote.

CECILIA. Será otra que valga cuatro millones de veces más. No parece sino que en el mundo que no hay más Dios ni más Santa Maria que el dinero!

DON PABLO. De resultas de estimarle él en tan poco, se vé como se vé. Y lo que es á otras dos ó tres calaveradas como esta...

CECILIA. Qué calaverada?

DON PABLO. Pocos dias antes de salir para África, prestó diez mil duros á su amigo Eduardo, y el amigo se ha muerto sin devolvérselos.

CECILIA. ¿De veras!

DON PABLO. Y tan de veras.

CECILIA. ¿Con que ya no tiene treinta mil duros! (Muy alarmada.)

DON PABLO. No tiene mas que veinte mil, y á ese paso...

CECILIA. Jesus! Doscientos mil reales menos! Lucidos estamos.

Don Pablo. Acabará por pedir limosna.
Cecilia. Pero se vé que ese hombre no tiene sentido comun.
Don Pablo. Es un maniático.
Cecilia. Está dejado de la mano de Dios.
Don Pablo. Pues se empeña en que uno sea como él.
Cecilia. Habrá mentecato.
Don Pablo. Y entre él y su tio Antonio...
Cecilia. Ese es otro que bien baila.
Don Pablo. Creerás que tambien repugna el que tú te cases con Muñoz?
Cecilia. Ya lo sé, pero se llevará chasco.
Don Pablo. Y tanto!
Cecilia. No faltaba más sino que por fuerza nos hubiesen de imbuir sus ideas.
Don Pablo. Allá en los tiempos del rey que rabió, pareceria muy bien su modo de pensar.
Cecilia. Pero las modas cambian todos los dias.
Don Pablo. Y ahora...
Cecilia. Ahora, pese á quien pese, estamos por lo positivo.
Don Pablo. Calla. Hácia aqui vienen sus excelencias.
Cecilia. Pues lo que es yo no quiero verlos.
Don Pablo. Ni yo. (Yéndose por la puerta de la izquierda.)
Cecilia. Doscientos mil reales menos. Me alegro. Así no tengo que vacilar. (Yéndose por la misma puerta.)

ESCENA VI.

El MARQUÉS y RAFAEL.

Marques. Se han ido. Pablo estará dado á Barrabás. (Desde la puerta del foro por la cual entra con Rafael.)
Rafael. Tambien ella se ha ido.
Marques. Buena señal.
Rafael. Sí, muy buena.
Marques. Huye de tí, como tú huyes de ella.
Rafael. Y cree usted que eso prueba lo mismo en el uno que en el otro?
Marques. Eso prueba que estais jugando al escondite.
Rafael. Usted no considera...
Marques. Calla, y cúmpleme ahora mismo lo prometido.
Rafael. Qué?
Marques. Escribir al general, pidiendo tu retiro. Yo firmaré

tambien la carta. Aquí tienes papel... (Acercándose al velador y viendo la cuenta de Cecilia.) Qué es esto? Letra de Cecilia... (Tomando el papel y leyéndolo.)

RAFAEL. Letra de Cecilia?

MARQUES. Já, já, já. Acabo de descubrir un secreto de la mayor importancia.

RAFAEL. Será quizá alguna carta para Muñoz?

MARQUES. Quizá.

RAFAEL. Démelo usted. (Con ira.)

MARQUES. Eh! Los secretos de una dama... (Deteniéndole.)

RAFAEL. Tiene usted razon.

MARQUES. Quieres que te diga una cosa?

RAFAEL. Hable usted.

MARQUES. Cecilia te ama.

RAFAEL. Pruebas tengo dadas de que le respeto á usted como á un padre, pero no puedo menos de alvertirle que esas bromas...

MARQUES. Rafael! (Con severidad.)

RAFAEL. Perdóneme usted. Soy un insensato.

MARQUES. Sabes adivinar logogrifos?

RAFAEL. Por qué me hace usted esa pregunta?

MARQUES. Mira. (Enseñándole la cuenta hecha por Cecilia.)

RAFAEL. Qué es eso?

MARQUES. Esto es el amor de una hija del siglo XIX!

RAFAEL. Cuentas hechas por Cecilia.

MARQUES. Lée este guarismo.

RAFAEL. Seiscientos mil.

MARQUES. Es el capital que ella cree que tienes. Ahora este.

RAFAEL. Un millon.

MARQUES. Es su dote. Aquí la renta de la primera cantidad.

RAFAEL. Treinta y seis mil.

MARQUES. Aquí la de la segunda.

RAFAEL. Sesenta mil.

MARQUES. Al seis por ciento. Aquí los ingresos: aquí los gastos. Esa chica está muy fuerte en partida doble.

RAFAEL. Pues no hay duda, tio. Es evidente que ha pensado en mí. (Con mucha ansiedad y alegria.)

MARQUES. Y ya lo ves: ha echado sus cuentas como persona juiciosa y formal.

RAFAEL. No sé lo que me pasa. El corazon se me hace pedazos en el pecho!

MARQUES. Eh, poco á poco. Los ingresos, ténlo presente, no

importan más que noventa y seis mil reales.

RAFAEL. Muy poco es. (Con abatimiento.)

MARQUES. No es mucho para los humos de Cecilia, pero basta con eso para vivir muy decentemente.

RAFAEL. Verdad que sí? Cuántos quisieran!... (Animándose.)

MARQUES. Veamos los gastos.

RAFAEL. Cuánto importan los gastos? (Con ansiedad manifestando esperanza.)

MARQUES. No, los gastos no importan más que doscientos veintiun mil reales.

RAFAEL. Válgame Dios! (Con desaliento.)

MARQUES. Me he llevado chasco.

RAFAEL. Creyó usted que seria menos?

MARQUES. No; creí que seria más.

RAFAEL. Qué se le ha de hacer? Yo de todos modos le agradezco infinito... Tararí, tararí, tararí, tararí. (Sentándose muy abatido y tarareando el paso de ataque.)

MARQUES. Calla, calla. Ha hecho rebajas en el presupuesto.

RAFAEL. Si, eh? (Con alegria levantándose y volviendo al lado del Marqués.)

MARQUES. En el alquiler de la casa.

RAFAEL. Qué buena es!

MARQUES. En el abono del Teatro Real.

RAFAEL. Qué lástima.

MARQUES. En tus gastos particulares, tres mil reales.

RAFAEL. No puede haber rebajado menos.

MARQUES. En los suyos...

RAFAEL. Cuánto?

MARQUES. En los suyos no ha rebajado nada.

RAFAEL. Me alegro.

MARQUES. Para ella pone cuarenta mil reales...

RAFAEL. Pobrecilla! Las mujeres necesitan un caudal para vestirse.

MARQUES. Á tí te destina cinco mil.

RAFAEL. Qué disparate! Si yo no necesito nada.

MARQUES. Cómo! ¿tú vas á ir en cueros por esas calles?

RAFAEL. Ahora habrá ya bastante con los noventa y seis mil reales de los ingresos?

MARQUES. Estás fresco. Todavía resulta en los gastos un déficit de sesenta y cuatro mil.

RAFAEL. No importa. Trabajaré, aumentaré mi caudal. Quién sabe si el tio Pablo tendrá razon. He sido un despil-

farrado, un maniroto... Ya es tiempo de variar de conducta. Imitaré á ese señor Muñoz que tales prodigios sabe hacer... Seré amigo suyo, le pediré consejos...

MARQUES. Déjate de pamplinas. Lo que se debe hacer aquí es obligar á esa señorita á que se mude á un cuarto de seis ú ocho mil reales.

RAFAEL. Ni por pienso.

MARQUES. Á que venda la carretela.

RAFAEL. Menos aún.

MARQUES. Á que deje el abono del Teatro Real, y se contente con la música que le den los organillos por la calle.

RAFAEL. No, no: yo quiero que satisfaga sus menores caprichos. No es ella la mujer más hermosa de todo Madrid? Pues que sea tambien la que más brille por su lujo. Otros se han enriquecido de un vuelo. Por qué no me ha de caber á mí igual fortuna? En dejándose de escrúpulos... en echándose el alma atrás...

MARQUES. No digas disparates.

RAFAEL. Una de dos: ó soy poderoso ó me quedo sin un maravedí. Para qué quiero yo la miseria de veinte mil duros? Mientras no tenga más no he de casarme con Cecilia.

MARQUES. Te has vuelto loco?

RAFAEL. Sí, señor: de alegria, porque ya no me parece imposible que me quiera. Voy á escribir á Madrid, avisando que mañana recogeré todo mi dinero. Especularé con él, jugaré á la bolsa. Ay del infeliz que caiga en mis manos!

MARQUES. Pero escucha.

RAFAEL. Verá usted cómo todo sale á las mil maravillas. Qué feliz voy á ser! Tararí, tararí, tararí, tararí. (Váse corriendo por la puerta de la derecha, tarareando el paso de ataque.)

ESCENA VII.

El MARQUES y CECILIA.

MARQUES. Oh amor, bajo tu imperio todos los hombres son iguales: todos niños y ciegos como tú.

CECILIA. (Aun aquí. Lo habrá visto.)

MARQUES. (Vendrá á buscar su cuenta.)

CECILIA. Ahí tiene usted un caballero que ha venido de Madrid con el único objeto de verle.

MARQUES. Quién es?

CECILIA. Un escribano.

MARQUES. Un escribano!

CECILIA. Eso creo que ha dicho.

MARQUES. Y dónde está?

CECILIA. Hácia su cuarto de usted le lleva ahora un criado.

MARQUES. Qué me querrá? (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

CECILIA, y despues RAFAEL, dentro.

CECILIA. Aquí está. (Corriendo hácia el velador en cuanto desaparece el Marqués y viendo la cuenta.) En el mismo sitio en que yo le dejé. Qué mala cabeza tengo! Si este papel hubiera caido en manos de mi primo... Ya no veo el instante de casarme con Muñoz. Si; debo casarme cuanto antes, no sea que le cobre ojeriza algun periodista, y vayan á decir tambien de él... (Tomando el periódico de encima del velador.) Dónde estará lo concerniente al señor Wisley? (Recorriendo con la vísta el periódico.) «La señora de Alvarez»... (Leyendo.) Esta será Elena. Si la habrán tomado tambien con ella? Oh, no, al contrario... (Leyendo con la vista.) «La señora de Alvarez (Leyendo en voz alta.) dió anoche un baile verdaderamente asombroso. El domingo próximo publicaremos una extensa revista que con tan plausible motivo, está escribiendo uno de nuestros primeros literatos. Hoy solo diremos que la señora de Alvarez, elegante y resplandeciente de belleza como una diosa, hizo los honores de la casa con aquella gracia y exquisita finura que la colocan en la cúspide de la sociedad de buen tono.» Vaya si está bien puesto! Y qué gusto debe ser que le llamen á una elegante y hermosa en letras de molde! No, pues en cuanto yo sea señora de casa, he de mimar mucho á los periodistas para que digan de mí cosas bonitas en los periódicos. Y esto qué es? (Soltando el periódico y viendo la carta de Luisa.) Ah! la carta de Luisa. (To-

mándola.) Se quejará de que no le escribo. Como si una no tuviera que hacer otra cosa. (Abriendo la carta.) Los pobres son tan exigentes! «Mi querida Cecilia: Leyendo.) aunque tú ya te has olvidado de mí...» No lo dije?... «No quiero dejar de participarte una cosa que quisiera poder decir no solo á mis amigas, sino á todo el mundo. Dios me ha dado un hijo: un niño muy hermoso que tiene la misma cara de su padre! Estoy tan contenta que muchas veces me pongo á saltar como una loca! Un hijo, Cecilia!... Si tú supieras lo que es un hijo!... En verdad que os habeis lucido los que me aconsejabais que no me casase con Fernando, porque era pobre. Valientes majaderos estais los ricos! Todo vuestro lujo no os hará gozar ni por asomo seguramente, lo que á mí un vestidillo de lana, comprado con los afanes y el sudor de mi marido de mi alma. Hasta las mismas privaciones sufridas con resignacion en cumplimiento de un deber, son otras tantas alegrias negadas á los ricos y concedidas á los pobres por la divina Misericordia. Pregúntame si venderia mi pobreza por todos los millones del mundo, y verás qué prontito respondo que no. ¿En qué almacen de modas podria yo comprar con todos esos millones un corazon como el de mi Fernando? Es tan bueno mi Fernando! Tan bueno como tu primo Rafael. (Cecilia se estremece.) Se me olvidaba decirte que el mismo dia que nació el niño, tuvo mi marido en su destino un ascenso de cuatro mil reales. Mira tú si es cierto que cada hijo que Dios nos envia trae un pan debajo del brazo! Esta mancha que verás aquí, es un lagrimon tamaño como una avellana que se me ha caido sobre el papel. (Á Cecilia se le saltan las lágrimas.) No sabes tú qué lloriconas somos las madres: cuando no tenemos motivo para llorar de pena, lloramos de alegria. (Se enjuga los ojos con el pañuelo.) Perdóname si te he fastidiado mucho, y adios: recibe mil besos de tu amiga, Luisa.» Qué feliz es!... Me ha hecho llorar... Ah, trae posdata. «Estaba cerrando esta carta, (Leyendo.) cuando ha vuelto á casa mi marido, y me ha contado una desgracia horrorosa. Elena dió anoche un baile magnífico. (Manifestando el más vivo interés.)

De él salieron juntos para batirse el marido de nuestra infeliz amiga, y un jóven de la alta sociedad que frecuentaba mucho su casa. Este jóven, pocos instantes despues, moria sin confesion, de un balazo que le saltó la tapa de los sesos.» Qué horror! (Cecilia se levanta y sigue leyendo muy conmovida y con gran ansiedad.) «Alvarez se ha separado de Elena, llevándose con él á sus hijos. Aqui tienes las consecuencias de casarse por el interés. Maldito sea el dinero! Ay Cecilia mia, no te cases tú con hombre á quien no ames, y menos si sientes la más pequeña inclinacion hácia otro. Te lo pido formalmente por la memoria de tu madre, que tan buena era y tanto te queria. No dejes de rezar alguna vez por Elena. Sobre su conciencia pesa la muerte de un hombre. Se ve mujer sin honra, esposa sin esposo, madre sin hijos. Reza, reza mucho por ella, que bien lo necesita la desdichada!» Jesus, qué cosa tan horrible! Y yo la envidiaba porque es rica! Y compadecia á la otra porque es pobre! «No te cases tú con hombre (Leyendo.) á quien no ames.» No, yo no quiero á Muñoz. «Y menos si sientes la más pequeña inclinacion hácia otro.» Amaré á Rafael?... Será este un aviso del cielo? «Mujer sin honra, esposa sin esposo, madre sin hijos.» Siento un malestar... una angustia!... Parece que me falta aire... Madre mia, madre de mi alma, no permitas que yo!... (Con voz ahogada por los sollozos, cubriéndose el rostro con el pañuelo y dejándose caer en la butaca.)

RAFAEL. Tararí, tararí, tararí, tararí. (Dentro, tarareando el paso de ataque.)

CECILIA. Rafael! Que no me vea asi. (Levantándose y dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta de la izquierda.) Oh! Ya olvidaba otra vez... (Se detiene, corre hácia el velador: coge la cuenta, y fijando en ella la vista vuelve al comedio de la escena.)

RAFAEL. Tararí, tararí, tararí, tarari. (Dentro, más lejos que antes.)

CECILIA. Veinticuatro mil... Cincuenta y ocho mil... Cuarenta mil... (Leyendo estos guarismos en el papel.) Qué tonteria! (Rompiendo el papel y arrojándole al suelo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS.

Qué buen negocio es obrar bien! Cuando lo sepan se van á quedar como viendo visiones. Y qué trabajo me cuesta callar! Nunca sentí mayor desasosiego. Si pudiera ocultarlo algunos dias más... Imposible. Es preciso que en el corazon de Cecilia triunfe el amor del interés, y que Rafael se convenza de que es sinceramente amado, antes de que se haga público ese testamento.

ESCENA II.

El MARQUÉS y CECILIA.

CECILIA. (Solo está.) (Saliendo por la puerta de la izquierda.)

MARQUES. Gracias á Dios que se la ve á usted esta mañana. Por qué no has querido almorzar?

CECILIA. Porque me siento algo indispuesta. He pasado muy mala noche.

MARQUES. Se te conoce en la cara. Y á qué lo atribuyes?

CECILIA. La desgracia que le ha ocurrido á mi amiga Elena,

y que conté á ustedes ayer, me ha causado una impresion tan dolorosa!

MARQUES. Ahí tienes lo que yo te decia. Casarse por el interés, no trae cuenta ninguna.

CECILIA. Y aun es mayor disparate casarse con uno, queriendo á otro.

MARQUES. Esa es locura indisculpable. Pero sabes lo que digo?

CECILIA. Qué?

MARQUES. Que has elegido mal dia para estar pálida y ojerosa.

CECILIA. Por qué?

MARQUES. Quieres que te regalen el oido? Porque hoy viene Muñoz á comer con nosotros.

CECILIA. El favor que podia hacerme era no venir.

MARQUES. Ayer casi me confesaste que le amas y ahora?...

CECILIA. Tio, yo no confesé tal cosa.

MARQUES. Á qué viene ese disimulo cuando quizá dentro de unos dias serás su mujer?

CECILIA. Cá! No señor.

MARQUES. Tu padre así lo cree por lo menos.

CECILIA. Papá cree á veces unas tonterias!...

MARQUES. Así lo espera el mismo novio.

CECILIA. Sí? Pues que espere sentado.

MARQUES. Y Rafael me aseguraba hace poco...

CECILIA. Tambien Rafael piensa que yo quiero á Muñoz?

MARQUES. Lo piensa y lo asegura.

CECILIA. Digo, los hombres de talento!... No haga usted caso de Rafael, que es un tonto.

MARQUES. Un tonto?

CECILIA. Ay, no se puede usted figurar qué tonto es!

MARQUES. Pues mira, tampoco te tiene él á tí por muy avisada.

CECILIA. Es claro... Si querrá que sea yo la primera que...

MARQUES. Eh?

CECILIA. Nada: yo me entiendo.

MARQUES. (Mejor va de lo que me esperaba.)

CECILIA. Y á propósito... De Rafael queria hablar á usted.

MARQUES. (Qué embajada será esta?)

CECILIA. He sabido casualmente que habia prestado diez mil duros á ese amigo suyo que se ha muerto.

MARQUES. Así es la verdad.

CECILIA. Y ese dinero?...

MARQUES. Voló, hija, voló.

CECILIA. Tiene desgracia el infeliz. Y no hay que darle vueltas; con lo poquísimo que le queda, no va á poder vivir como corresponde á una persona de su clase.

MARQUES. Con efecto, ya está en la categoria de los títulos tronados.

CECILIA. (Él me dá pié.) Pues no hay remedio, tio, es preciso que haga usted algo por ese pobre.

MARQUES. Y qué se puede hacer?

CECILIA. Podria usted buscarle una ocupacion decorosa que le produjese... así como treinta, ó cuarenta, ó cincuenta mil reales al año.

MARQUES. (Malo! Aun no está bien curada.) ¿Crees tú que es fácil hallar ocupaciones que produzcan tanto dinero?

CECILIA. Si, señor. Empleos hay de cincuenta mil reales. Trabaje usted para que le den uno de director ó de subsecretario. Mejor será de subsecretario para que tenga coche.

MARQUES. (La carretela se le ha montado en las narices.) Estás en tu juicio? Pues ahí es nada lo que pides.

CECILIA. Ya nadie se contenta con menos. Conque vamos, sáquele usted á Rafael un destino de cincuenta mil reales. Aunque sea de cuarenta mil.

MARQUES. Te parece á tí que esos empleos no estarán ocupados por otras personas?

CECILIA. Se quita á uno. Al que esté menos agarrado. Eso se ve todos los dias, y así lo requiere el juego de las instituciones.

MARQUES. Pero soy yo acaso ministro?

CECILIA. Es usted persona de mucho viso, y muy conocida por sus opiniones...

MARQUES. Sí, por mis opiniones contrarias á las del Gobierno.

CECILIA. Ahí queria yo venir á parar. Pide usted un buen empleo para su sobrino, y con hacer un cuarto de conversion...

MARQUES. Chica, piensas tú que un hombre de bien?...

CBCILIA. Como si la hombria de bien tuviera que ver algo con la política!

MARQUES. No delires. Aun cuando tus conjeturas fuesen ciertas, Rafael preferiria pedir limosna á tomar un destino.

CECILIA. Por qué razon?

MARQUES. Porque es muy orgulloso.

CECILIA. Y funda su orgullo en morirse de hambre?

MARQUES. Manias suyas.

CECILIA. Qué empeño en no salir de pobre! Pedir limosna... Poco menos, porque ya vé usted, con cuatrocientos mil reales de capital...

MARQUES. Cuánto has dicho?

CECILIA. Cuatrocientos mil reales.

MARQUES. Ayer los tenia, pero hoy...

CECILIA. Qué! ha hecho algun favor á otro amigo?

MARQUES. Peor aún.

CECILIA. Peor?

MARQUES. Ya te dije que está enamorado de una coqueta...

CECILIA. Sí, sí, ya me lo dijo usted. (Interrumpiéndole con viveza.)

MARQUES. Como ella es rica, se le ha puesto en la cabeza que él tambien ha de serlo. Porque no te puedes figurar cómo le tiene esa pícara chica.

CECILIA. Bueno, bueno: adelante.

MARQUES. Pues bien: ayer escribió á un amigo suyo de Madrid muy calaveron, dándole el encargo de jugar por su cuenta hasta la cantidad de cien mil reales.

CECILIA. Pero ese amigo?...

MARQUES. Cumplió el encargo al pié de la letra.

CECILIA. Y perdió?

MARQUES. Ahora acabamos de recibir la noticia. Perdió los cinco mil duros.

CECILIA. Ave Maria Purísima! Otros cinco mil duros menos! (Qué vá á ser de mí?)

MARQUES. Está decidido á ganar el oro y el moro, ó á quedarse sin una peseta.

CECILIA. Por Dios, tio: no le deje usted hacer semejante barbaridad.

MARQUES. Al contrario. Lo que yo deseo es que acabe de arruinarse completamente.

CECILIA. Para qué?

MARQUES. Para que pierda la esperanza de ser amado por la susodicha señorita, y poder casarle á mi gusto.

CECILIA. Con quién?

MARQUES. Con una excelente muchacha que le conoció en una de nuestras excursiones á Andalucia, y desde entonces le ama con delirio.

CECILIA. Oiga! Esas tenemos?

MARQUES. Si vieras qué buena es! No, no se parece en nada á la...

CECILIA. Si, á la otra.

MARQUES. Y tan bonita como buena!... (Contemplando con mucha atencion á Cecilia.) Si... Mucho más bonita que tú.

CECILIA. Gracias. Usted me favorece demasiado.

MARQUES. No vayas á creer que eres tú la mujer más bonita del mundo.

CECILIA. No, si yo no creo...

MARQUES. Es blanca, rubia!...

CECILIA. Será muy sosa.

MARQUES. Esta no le rechazará aunque pierda el último maravedí. Antes bien celebrará poder darle una prueba de que le ama por él, exclusivamente por él.

CECILIA. Pero ella tiene?...

MARQUES. Poquísimo: casi nada.

CECILIA. Y entonces cómo se habian de componer?...

MARQUES. Viviriamos los tres en mi cortijo de Andalucia, sin pompa ni regalo, pero en paz y en gracia de Dios. Si logro realizar mi proyecto, desde luego quedas convidada á pasar una temporadita con nosotros.

CECILIA. Es usted muy amable. (Ni que lo hiciera adrede!)

MARQUES. Aunque bien se me alcanza que á tí no te divertiria mucho aquel género de vida. Allí las damas, segun el último figurin, no pueden usar mas atavío que un traje de percal y un pañuelo á la cabeza, y todas sus diversiones estan reducidas á pasear en burro. Tú tienes gustos muy diferentes: adoras el lujo y los ruidosos placeres de la córte, y ahora que te vas á casar con un banquero rico...

CECILIA. Tio, tio, por Dios: mire usted que estoy muy nerviosa!

MARQUES. Esto es lo que á tí te divierte: no hay que negarlo. Pero lo que es nosotros, lo pasaremos divinamente, olvidados del mundo, y gozando de aquella inefable dicha que proporcionan la virtud y el amor.

CECILIA. No haga usted castillos en el aire. Rafael no quiere á la andalucita.

MARQUES. Oh, la querrá.

CECILIA. Sí?

MARQUES. Ya la quiso antes de prendarse de la otra tontuela, de la otra...

CECILIA. Deje usted en paz á la otra por la Vírgen Santísima!

MARQUES. Hoy al fin he logrado hacerle confesar que es indigna de su cariño.

CECILIA. Cómo! Rafael ha dicho eso?

MARQUES. Y, oh qué feliz idea! Te parece que me le lleve á Andalucia mañana mismo?

CECILIA. Mañana! No señor. De ningun modo. El no querrá marcharse.

MARQUES. Pidiéndoselo por favor... Diciéndole que necesito de su ayuda para salvar los bienes que allí tengo... Tú me ayudarás á engañarle.

CECILIA. Yo!

MARQUES. Por mucho que quieras á tu dichosa amiguita, no creo que te importará ella más que tu primo, y tratándose de su felicidad...

CECILIA. De su felicidad!...

MARQUES. Le acercaré de nuevo á mi protegida...

CECILIA. (Capaz es de hacerlo como lo dice.)

MARQUES. Comparará á la mujer que tan noble y desinteresadamente le ama, con la mercachifle que no le quiere porque es pobre...

CECILIA. Mercachifle!

MARQUES. Yo le haré notar la diferencia que hay entre un ángel y un demonio.

CECILIA. Tio!

MARQUES. Si no es de estuco, amará á esa niña encantadora...

CECILIA. (Maldita mujer!)

MARQUES. Y poco he de poder ó le caso con ella.

CECILIA. (Jesus, si fuera hombre!... Me voy.) (Dirígese llorando hácia la puerta de la izquierda.)

MARQUES. Eh, adónde vas tan deprisa? (Deteniéndola.)

CECILIA. Á mi cuarto.

MARQUES. Pues no te tomas tú mucho interés por una amiga! Y lloras?

CECILIA. Llorar?... (Enjugándose las lágrimas.) Se equivoca usted. Será que me ha caido algo en los ojos.

MARQUES. Que si quieres?... Tú estás llorando.

CECILIA. Pues sí, señor; estoy llorando. Es fuerte apuro que en todo se ha de meter usted!

MARQUES. Aquí tienes á tu padre que sin duda querrá hablarte de ese asuntillo. (Se oye toser á don Pablo.) Yo voy á dar otro avance á Rafael. No he de parar

hasta que aborrezca á la de aquí, y se case con la de allá.

CECILIA. (Está usted fresco! Aunque no fuera más que por darle en la cabeza...)

ESCENA III.

DICHOS y DON PABLO.

DON PABLO. Sabes que Felipe no ha vuelto aún?

MARQUES. Qué tiene eso de particular?

DON PABLO. Nada ciertamente, pero como se fué ayer tan irritado y tan... Si le sucede algo, tuya será la culpa.

MARQUES. Ya se le habrá pasado el enojo. Desecha todo temor. (Cecilia durante este diálogo, medita profundamente, hace números en un papel, y se sienta y se levanta dando señales de desasosiego y de varias emociones.)

DON PABLO. Has desbaratado el matrimonio de uno de mis hijos, pero yo te aseguro que el de Cecilia... (Hablándole aparte sin que Cecilia se entere.)

MARQUES. Qué?

DON PABLO. Que se llevará á cabo.

MARQUES. Quién lo duda?

DON PABLO. Y muy pronto.

MARQUES. Cuanto antes, mejor.

DON PABLO. Es que aunque tú te opongas...

MARQUES. Pero si yo no me opondré.

DON PABLO. Has de saber que le quiere.

MARQUES. No te lo decia yo?

DON PABLO. No: yo era quien te lo decia á tí.

MARQUES. Al contrario, tú negabas...

DON PABLO. El que negaba que quisiese á Muñoz, eras tú.

MARQUES. Eso si: y lo sigo negando.

DON PABLO. Pues con quién crees que se va á casar Cecilia?

MARQUES. Toma! Con quién ha de ser? Con su primo.

DON PABLO. Caramba! Te has empeñado en que riñamos.

MARQUES. Seré padrino de la boda.

DON PABLO. El diablo que te lleve. (Váse el Marqués por el foro.)

ESCENA IV.

CECILIA y DON PABLO.

CECILIA. (No hay remedio. Luisa tiene razon. Me ama, le amo... Oh, si: no cabe duda: le amo. Él debe ser mi esposo.)

DON PABLO. Quiero que hablemos un rato los dos solitos.

CECILIA. Bien pensado. Siéntate ahí. (Con mucha dulzura. Don Pablo se sienta en una butaca y Cecilia á sus pies en una banqueta.) Yo aquí. Y ahora empieza. (Veremos si papá...)

DON PABLO. Hoy comerá con nosotros Muñoz, y tengo que darle una contestacion definitiva. Te he ofrecido no oponerme á que elijas esposo á tu gusto, y aunque ya me has dicho que Muñoz te parece bien, quiero que por última vez me repitas si estás decidida á casarte.

CECILIA. Si, señor: estoy decidida.

DON PABLO. (De dónde habrá sacado ese majadero?...)

CECILIA. Dime, papá: se podrá ya habitar la casa que acabas de edificar en la calle del Príncipe?

DON PABLO. Si. Pero á qué viene ahora?...

CECILIA. Verás. (Con zalamería.) Lo que más me aflige cuando pienso en que me he de casar, es la consideracion de que tendré que separarme de tí.

DON PABLO. Eso me gusta, tesoro mio. Figúrate si lo sentiré yo. Pero hay cosas que no tienen remedio.

CECILIA. Es que si pudiera vivir, ya que no en tu misma casa, porque esto no pareceria bien... eh? (Con segunda intencion.)

DON PABLO. Seguramente.

CECILIA. Ya que no en tu misma casa, en otra que estuviera muy cerquita...

DON PABLO. Buen pensamiento.

CECILIA. Verdad que sí? De este modo nos veriamos muy amenudo, y á los dos se nos haria menos amarga la separacion.

DON PABLO. Sí, hija de mi alma, sí. (Muy complacido.)

CECILIA. Tú piensas vivir en uno de los cuartos de la casa nueva?

DON PABLO. Sí.
CECILIA. Pues bien: resérvame otro.
DON PABLO. Acaso no serán bastante buenos para tí, que piensas dar bailes, y...
CECILIA. Ba! Tendré un poco de paciencia.
DON PABLO. Entonces, elige el que más te agrade.
CECILIA. Tú, que eres un señor mayor, puedes irte al cuarto segundo.
DON PABLO. Eh! (Como sorprendido y con disgusto.)
CECILIA. Y yo tomaré el principal.
DON PABLO. Corriente: el principal. (Como resignándose.)
CECILIA. Qué precio piensas ponerle?
DON PABLO. Eso ya lo arreglaré yo con tu marido.
CECILIA. Bueno, pero me alegraria de saber...
DON PABLO. Una persona extraña no me pagaria menos de diez y ocho mil reales...
CECILIA. Aprieta! Cuidado que los caseros no tienen ustedes ni pizca de consideracion.
DON PABLO. No te asustes, que á tí te lo daré por...
CECILIA. Por nada? (Interrumpiéndole.)
DON PABLO. Eh! (Como sorprendido y poniendo mal gesto.)
CECILIA. Qué bueno es mi papá! Muchas gracias, papá mio, muchas gracias. (Haciéndole fiestas en una mano que le tiene cogida.)
DON PABLO. Pero chica!...
CECILIA. Y vamos á ver: no se podria abrir una puerta de comunicacion entre una y otra casa?
DON PABLO. Facilísimamente.
CECILIA. Ay qué gusto! Pues mándala abrir en seguida.
DON PABLO. Lo que es en eso no hay dificultad.
CECILIA. Así á las horas de almorzar y comer podremos pasar á tu casa...
DON PABLO. Para qué?
CECILIA. Toma! Para comer contigo.
DON PABLO. (Me gusta!)
CECILIA. En la mesa es donde más se nota la ausencia de las personas queridas; y viviendo en una misma casa ¿habiamos de comer separados? No señor: yo quiero comer siempre con mi papá.
DON PABLO. Pero oye, criatura: si tu marido y tú vivis sobre mis costillas ¿qué vais á hacer con vuestro dinero?
CECILIA. Ay, harto haremos con vestirnos y atender á las de-

mas necesidades de la vida.

DON PABLO. Qué atrocidad! Tú tienes un millon de dote.

CECILIA. Si ya lo sé.

DON PABLO. Y tu futuro tiene á estas horas más de dos, bien contados.

CECILIA. No, señor: mal contados.

DON PABLO. Si sabré yo lo que tiene Muñoz.

CECILIA. Sí, pero como no es Muñoz con quien yo me quiero casar... (Con timidez.)

DON PABLO. ¿Qué! Que no es Muñoz? (Dando un salto en la butaca.)

CECILIA. No, señor.

DON PABLO. Pues ¿quién es?

CECILIA. Mi primo.

DON PABLO. Tu primo! (Levantándose.)

CECILIA. Como me habias dicho que no te opondrias á que eligiese esposo á mi gusto... (Levantándose tambien.)

DON PABLO. Pero ¿él te quiere?

CECILIA. Á rabiar! Se muere por mí!

DON PABLO. Y tú le quieres á él?

CECILIA. Un poquillo.

DON PABLO. Desde cuándo?

CECILIA. Jesus, desde hace muchísimo tiempo!

DON PABLO. Conque tu tio tenia razon?

CECILIA. Pues qué, mi tio sabe que la persona de quien Rafael está enamorado soy yo?

DON PABLO. Así lo dice, por lo menos.

CECILIA. Lo sabia! Qué pícaro!

DON PABLO. Pero señor, ¿cómo es posible lo que ahora me cuentas, cuando ayer mismo te manifestabas dispuesta á enlazarte con el otro?

CECILIA. Ahí verás. Los amantes somos muy raros, mucho.

DON PABLO. Y cree usted, señorita, que yo he de tolerar que se juegue conmigo? De ninguna manera. Usted está comprometida con el señor de Muñoz.

CECILIA. Yo ni siquiera le he dado esperanzas.

DON PABLO. Se las he dado yo. Qué le digo ahora?

CECILIA. Dile que quiero á mi primo.

DON PABLO. Qué le has de querer?

CECILIA. Sí, señor, que le quiero.

DON PABLO. No hay tal cosa. Á quien tú quieres es á Muñoz. (Como tratando de convencerla.)

CECILIA. Eso sí que no lo paso! No tengo tan mal gusto.

DON PABLO. Pues que le quieras que no, con él te has de casar.
CECILIA. Bueno! te empeñas en hacerme infeliz. (Llorando.)
DON PABLO. Casándote con Rafael, lo serias.
CECILIA. Por qué, si me ama y es un hombre de bien?
DON PABLO. Es un fátuo que desprecia la sociedad en que vive precisamente porque no delira como él. Recuerda que su caudal no pasa de veinte mil duros.
CECILIA. De quince mil.
DON PABLO. De veinte, muchacha.
CECILIA. De quince.
DON PABLO. Más en mi abono.
CECILIA. Viviremos con economia, y en abriendo una puerta de comunicacion...
DON PABLO. Es que no se abrirá la puerta.
CECILIA. Que no?
DON PABLO. No, señora: ni te daré el cuarto principal, ni estarás á la sopa boba, como presumes.
CECILIA. Pues! En cuanto una quiere ser buena, todo le sale mal.

ESCENA V.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQUES. Ahí tienes ya á tu hijo.
DON PABLO. Ha venido con él Muñoz?
MARQUES. No: ahora te acaban de traer esta tarjeta. (Dándole una tarjeta con sobre.)
DON PABLO. «Rosendo Muñoz (Abre el sobre, saca la tarjeta y lee. participa á usted que no puede ir hoy á comer en su compañia.»
CECILIA. (Respiro.)
DON PABLO. Sabe Felipe si está malo?
MARQUES. No: lo que sabe es que el banquero anglo-americano ha estimado conveniente parar el nuevo golpe que iba á recibir su crédito con el desaire que le acabas de hacer, tomando al par de tí una ruin venganza; y que Muñoz, por su parte, no ha juzgado prudente desperdiciar la ocasion que se le presentaba de pescar un dote de cuatro millones.
DON PABLO. Á ver, á ver: habla más claro. Qué quiere decir eso?
MARQUES. Que á estas horas está formalmente pactado el en-

lace del señor don Rosendo Muñoz, con su antigua novia la señorita Juana Wisley.

DON PABLO. ¡Cómo?

CECILIA. Qué escucho!

DON PABLO. Es verdad?

MARQUES. Pregúntaselo á tu hijo que ha estado á punto de tener un lance con él.

DON PABLO. De modo que el tal Muñoz es un bergante!

CECILIA. Claro.

DON PABLO. Un canalla!

MARQUES. No: es simplemente un hombre que está por lo positivo.

DON PABLO. Se puede dar mayor indecencia? Y todo ¿por qué? Todo por el dinero; por los miserables ochavos. Qué perversion de ideas! Qué falta de sentido moral!

CECILIA. Ves, papá? (Bajo á don Pablo lloriqueando.) Ahora Rafael se figurará que si le quiero es por despecho, porque no tengo otra cosa mejor.

DON PABLO. Me vas tú á sacar el sol de la cabeza, chiquilla? Y el pobre Felipe ¿qué dice? Estará desesperado.

MARQUES. Ca! En estas pocas horas han sucedido cosas extraordinarias. Felipe encontró ayer en la calle á la señora de Mendoza y su hija.

CECILIA. Á Matilde?

MARQUES. Verle la pobre niña, dar un grito y caer desmayada, todo fué uno. Felipe acudió á socorrerla, y habiéndola acompañado á su casa, habló allí largamente con esa desdichada madre que vé morirse de amor á su hija. Durante la ausencia de Matilde en el extranjero, no ha sido posible distraerla un solo instante, ni apartar de su pensamiento la imágen de Felipe; y dominada al fin por una pasion de ánimo que llegó á presentar síntomas alarmantes, tuvo su madre que volverse precipitadamente con ella á Madrid. Felipe está loco: (Con mucho calor y rapidez en el decir.) jura que la ama con todo su corazon y deplora amargamente haber procurado olvidarla. Execra la bolsa y los negocios; execra la hora en que pensó unirse á otra mujer, y á Rafael y á mí,—sépalo usted señor mio,—á Rafael y á mí nos bendice, y nos llama sus bienhechores.

CECILIA. Lo estás viendo, papá?

MARQUES. Abrazados se quedaban ahora los dos primos, llorando á lágrima viva como dos criaturas. (Con mucha emocion.)

CECILIA. Qué gusto! Felipe me dará la razon. (Enjugándose las lágrimas.)

DON PABLO. Conque todavia se quieren? (Conmovido, pero sin querer aparentarlo.) Mire usted, quién se habia de imaginar?... Pero no veo que este asunto pueda arreglarse. Mendoza seguirá firme en sus trece... Querrá para Matilde un novio que tenga tanto como ella... Qué padres, Dios mio, qué padres! Sacrificar á una hija por el vil interés! (Cecilia le tira de la levita.) Qué quieres! (Volviéndose hácia ella con enfado.) Ah! si, consiento. Rafael tira el dinero, es verdad, pero no hace porquerias por adquirirlo.

MARQUES. Eh, qué significa?...

CECILIA. (Delante de él!...) (Bajando la cabeza como avergonzada.)

DON PABLO. En esta casa ha entrado una epidemia de amor. (Como aturdido y hablando muy de prisa hasta el final de la escena.) Tú tenias razon, y yo estaba en babia. Voy á ver al otro. (Se retira hácia el foro y vuelve al lado de Cecilia.) Ah! Cuenta con el piso principal de la casa nueva.

CECILIA. Si? (Levantando la cabeza con expresion de gozo.)

DON PABLO. Y mira, recuérdame que mañana mismo (Se retira de nuevo y vuelve otra vez.) mande abrir la puerta de comunicacion.

CECILIA. No se me olvidará. (El Marqués los contempla con íntima satisfaccion.)

DON PABLO. Pues oye: tambien convendrá que hagamos otra reforma. (Repitiendo el mismo juego.) La casa no es muy grande...

CECILIA. Vaya: para los dos solos...

DON PABLO. Es que tú cuentas sin la huéspeda.

CECILIA. Qué huéspeda?

DON PABLO. Nada. (No sé lo que me digo.) Pero en fin la cocina habia de estar demás, y en ella podremos hacer una hermosa habitacion para el ama.

CECILIA. Para quién?

DON PABLO. Para nadie, hija, para nadie. (Estoy tocando el violon.) Dónde quedaban esos chicos? (Al Marqués.)

MARQUES. En mi cuarto.

DON PABLO. Es cosa de perder la cabeza! (Váse por el foro precipitadamente.)

ESCENA VI.

CECILIA y el MARQUÉS.

MARQUES. Conque dígame usted, señorita: ahora salimos con que está usted enamorada de su primo?

CECILIA. Sí, bueno es usted! Bien se ha divertido á mi costa.

MARQUES. Y me guardas rencor?

CECILIA. Rencor? Sabe usted el bien que me ha hecho? Á no ser por usted, no hubiera yo conocido el amor que tenia á Rafael, y me hubiera casado con el otro.

MARQUES. De veras amas á Rafael?

CECILIA. Tanto como Matilde á mi hermano; tanto como Luisa á su marido. Y si viera usted qué cosa tan buena es amar!

MARQUES. No hay mayor delicia en la tierra.

CECILIA. Parece como que una se hace mejor, como que el alma se engrandece y eleva. Desde que amo á Rafael, se me figura que quiero más á mi padre y á mi hermano y á usted y al mundo entero.

MARQUES. Pobre Cecilia!

CECILIA. Pobre?

MARQUES. Mira, hija mia: Rafael tiene tambien sus defectos; es orgulloso, y á pesar de mis súplicas y reconvenciones, jura que nunca se casará contigo.

CECILIA. Por qué? Me tiene en menos? (Con sentimiento.)

MARQUES. No, pero le asusta la idea de recibir con tu mano un millon de dote.

CECILIA. Y no es más que eso? Dígame usted: con lo suyo y lo mio reuniria mi hermano lo bastante para poder casarse con Matilde?

MARQUES. Seguramente, pero...

CECILIA. Ahora mismo voy á echarme á los pies de papá, y á rogarle que me permita ceder mi dote á Felipe.

MARQUES. Cómo! Hablas con formalidad?

CECILIA. Á ver si soy yo una chiquilla insustancial y casquivana, una pollita á la última moda, una coquetuela de tres al cuarto.

MARQUES. Oh, no: eres un ángel!

CECILIA. Quiero quedarme pobre para dar gusto á Rafael.

MARQUES. Considera que con lo poco de que él ya dispone...

CECILIA. Poseyendo su amor ¿qué más necesito? Con menos cuenta mi amiga Luisa, y tiene un hijo, y es feliz. Qué contenta se vá á poner cuanto lo sepa! Usted será el padrino de la boda ¿verdad?

MARQUES. Quién pregunta eso?

CECILIA. Bien: pero ella ha de ser la madrina.

MARQUES. Ni con un candil que se la buscara, podria hallarse otra mejor.

CECILIA. Qué bien me decia en su carta! Si los ricos supieran lo que se pierden con no ser pobres!

MARQUES. Conque renuncias al lujo, á los placeres? Conque ya no estás por lo positivo?

CECILIA. Si, señor: lo positivo es el amor y la virtud. Ea, ea, voy corriendo... Pero antes deme usted un abrazo.

MARQUES. Mil, hija mia, mil. (Abrazándola.)

CECILIA. Qué bobada! Estoy llorando de alegria. Lo mismo que Luisa. Ahora siento yo impulsos de ponerme á brincar como ella. (Saltando de alegria.) Qué feliz soy! Tararí, tararí, tararí, tararí. (Tarareando el paso de ataque.) Mire usted, mire usted, como le he cogido ya su paso de ataque.

MARQUES. Bendita seas, criatura!

CECILIA. Papá. Papá. (Echa á correr llamando á voces á su padre, y al llegar á la puerta del foro, se encuentra con Rafael que sale precipitadamente y con el semblante demudado. Ambos se detienen al encontrarse.) Oh! Rafael!

RAFAEL. Cecilia!

CECILIA. Jesus! Qué vergüenza me da! (Baja la cabeza, cúbrese la cara con una mano y váse corriendo.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS y RAFAEL.

RAFAEL. Tio! (Acercándose al Marques.)

MARQUES. Qué te pasa que vienes desencajado?

RAFAEL. El tio Pablo me ha dicho: (Con mucha ansiedad.) «Cecilia acaba de hablarme: lo sé todo y ya puedes ir disponiendo la boda.» Explíqueme usted esto.

MARQUES. Bien claro está. Que lo sabe todo, y que ya puedes ir disponiendo la boda.

RAFAEL. Pero qué boda?

MARQUES. La tuya.

RAFAEL. Con quién?

MARQUES. Conmigo!

RAFAEL. Que siempre ha de estar usted de broma. Con quién?

MARQUES. Con quién ha de ser? Con Cecilia.

RAFAEL. Me ama?

MARQUES. Así parece.

RAFAEL. Y el tio?...

MARQUES. Lo aprueba.

RAFAEL. Á mí me vá á dar algo!

MARQUES. Con razon te aseguraba que esa chica tiene buen fondo.

RAFAEL. Es una joya, es la bondad misma, es un ángel! Tio de mi vida! (Abrazándole.)

MARQUES. Pues aun no sabes lo mejor.

RAFAEL. Qué?

MARQUES. Habiéndole yo dicho que no querrias casarte con ella...

RAFAEL. Cómo?

MARQUES. Que no querrias casarte con ella...

RAFAEL. Pero...

MARQUES. Asi no acabaremos nunca.

RAFAEL. Pero por qué le ha dicho usted?...

MARQUES. Le he dicho que tal vez el tener ella más que tú, seria un obstáculo...

RAFAEL. Es verdad! No recordaba...

MARQUES. Pues no bien lo ha oido, ha echado á correr en busca de su padre...

RAFAEL. Para qué?

MARQUES. Para manifestarle que no quiere dote y que se lo cede á Felipe.

RAFAEL. Es esto un sueño? Tio! (Abrazándole otra vez con vehemencia.)

MARQUES. Hombre, que me ahogas! Ya es pobre. Ya estás servido á pedir de boca.

RAFAEL. Se sacrifica por mi! Debo yo aceptar su sacrificio? Ocasiones hay en que el dinero puede dar la felicidad.

MARQUES. No llores por dinero, que nadie sabe en cuanto se

habrá aumentado tu caudal á estas horas.

RAFAEL. Por arte de magia?

MARQUES. No, sino de la manera mas natural del mundo. Sin conocerlo, has hecho un gran negocio.

RAFAEL. Qué negocio?

MARQUES. Emplear tu dinero en acciones mucho mejores que las de minas y ferro-carriles, y ponerlas en manos de un banquero que paga réditos incalculables.

RAFAEL. No comprendo.

MARQUES. Ese banquero que se llama Dios, no abona jamás todas las ganancias sino en la otra vida, pero á veces suele conceder en esta alguna recompensa por adelantado.

RAFAEL. Explíquese usted.

MARQUES. Dias antes de morir el noble jóven que te debia un señalado favor... (Con gravedad y sentimiento.)

RAFAEL. Eduardo?

MARQUES. Supo el fallecimiento de su padre, ocurrido en Italia.

RAFAEL. Y qué?

MARQUES. Eduardo no tenia herederos forzosos...

RAFAEL. Acabe usted.

MARQUES. Y te ha legado todos sus bienes.

RAFAEL. Dios mio!

MARQUES. Soy uno de sus albaceas testamentarios. Ayer vino á comunicármelo el escribano que hizo el testamento.

RAFAEL. «Dios querrá que algun dia te pueda pagar,» me dijo. No lo ha olvidado! Eduardo, Eduardo! Bien sabia yo que eras capaz de hacer esto. Por qué lo has hecho? Por qué no has sido mas generoso? (Llorando.)

MARQUES. He callado hasta ahora porque era preciso que Cecilia te amase pobre, que tú no tuvieses motivo para dudar de la sinceridad de su amor. Ademas el excelentísimo señor don Dinero, que es el mayor fátuo del mundo, cree que sin él no puede hacerse nada; y á mí me está divirtiendo lo que no es decible, ver en torno mio unos cuantos millones muy orondos y graves, condenados á no servir para maldita de Dios la cosa.

RAFAEL. Pero ya, qué se logra con ocultar?... Pobre Cecilia! Es preciso que sepa...

MARQUES. Cobarde!

RAFAEL. Para mí nada quiero.—Eduardo lo sabe que vé desde el cielo mi corazon.—Para ella.—No lo puedo remediar—Para ella todo me parece poco. Qué dicha poder decirle: Querias uno? Pues toma dos, cuatro, seis... qué sé yo... Venga usted conmigo.

MARQUES. Vamos allá. (Dirígense hácia el foro.)

ESCENA VIII.

DICHOS, CECILIA y DON PABLO.

CECILIA. Ven, papá, ven, y el tio Antonio te dirá como yo... (Saliendo por el foro con su padre, á quien trae asido de una mano.)

DON PABLO. Eh, poco á poco.

CECILIA. Se empeña en que no he de ceder mi dote á Felipe. (Sin ver á Rafael.)

DON PABLO. Ves qué ocurrencia más singular? (Al Marqués.)

CECILIA. Pero si yo no quiero dote ni... (Viendo á Rafael y turbándose.) ni Rafael tampoco, ¿verdad?

RAFAEL. Tampoco.

MARQUES. No hay inconveniente en que des gusto á Cecilia.

DON PABLO. Esto no es cosa de chanza. Ya le ha dicho su hermano lo que hace al caso, y por mi parte repito....

CECILIA. Cómo le convenceria yo!

MARQUES. Oye: dile... (Le habla en voz baja.)

DON PABLO. Pues no lo ha tomado con poco empeño!

RAFAEL. Ni á ella ni á mí podia usted dispensarnos favor más grande.

DON PABLO. Andad á paseo los dos.

CECILIA. Ja, ja. No lo vá á creer. (Riendo.)

MARQUES. Hagamos la prueba.

CECILIA. Has de saber, papá, que Rafael es riquísimo.

DON PABLO. Cuéntaselo á tu abuela.

MARQUES. Porque ha heredado... (Apuntando á Cecilia en voz baja.)

CECILIA. Porque ha heredado todos los bienes...

MARQUES. De su amigo...

CECILIA. De su amigo Eduardo.

MARQUES. El cual primero...

CECILIA. El cual primero habia heredado...

MARQUES. Á su padre.

CECILIA. Á su hijo.

MARQUES. Á su padre.

CECILIA. Á su padre. (Lo mismo da.) (Bajo al Marqués.)

DON PABLO. Pero ¿qué algarabia es esa?

CECILIA. Lo ve usted? El embuste era demasiado gordo. (Bajo al Marqués en tanto que Rafael habla en secreto á don Pablo.)

DON PABLO. Qué? (Muy asombrado despues de haber oido á Rafael.)

CECILIA. Qué? (Volviéndose hácia don Pablo y Rafael.)

DON PABLO. Con que Eduardo testó en su favor? (Al Marqués, el cual le hace una seña afirmativa. Don Pablo se queda estupefacto.)

CECILIA. Calla! Y lo cree!

RAFAEL. Cuando Cecilia lo asegura...

CECILIA. Y él tambien! Qué simpleza! (Riendo.)

MARQUES. No te hubieras tú dejado engañar asi, eh?

CECILIA. De fijo que no.

MARQUES. Y si fuese cierto?

CECILIA. Lo sentiria.

RAFAEL. De veras?

CECILIA. Se me ha pegado tu modo de pensar.

RAFAEL. Cecilia adorada!

CECILIA. Y luego, como papá hará abrir una puerta...

DON PABLO. No hay más: ha perdido el juicio.

CECILIA. Y que si no, ahí tenemos el cortijo del tio Antonio. Poquito que me gustará á mí pasear en burro.

DON PABLO. Pero qué puerta, ni qué cortijo, ni qué burro. No acabas de decirme tú misma que Rafael ha heredado?...

CECILIA. Qué, papá! Si eso era una broma.

DON PABLO. Si, broma: buena está la broma. Es la pura verdad.

CECILIA. Cómo! Es verdad? (Muy sorprendida.)

DON PABLO. No oyes que si?

CECILIA. Es verdad, Rafael? (Con pena.)

RAFAEL. Cecilia, es verdad.

CECILIA. Es verdad, tio?

MARQUES. Sí hija, verdad es. Á veces la caridad y la gratitud suelen dar resultados muy positivos.

CECILIA. Con que... eres rico?

RAFAEL. Sí.

CECILIA. Dios mio! Yo que me alegraba tanto de que fuese pobre! (Llorando y arrojándose en los brazos de su padre.)

MARQUES. Vamos á ver: ninguno de los dos teneis empeño en

tomar esos cuartos?

CECILIA.
RAFAEL. } Ninguno.

MARQUES. Tú no, eh? (Á Rafael.)

RAFAEL. No señor.

MARQUES. Ni tú? (Á Cecilia.)

CECILIA. Ni yo tampoco.

MARQUES. Palabra de honor? (Á los dos.)

CECILIA.
RAFAEL. } Palabra de honor. (El Marqués queda colocado entre Cecilia y Rafael.)

MARQUES. Pues entonces, tomadlos. Riquezas tan poco apetecidas, serán de fijo bien empleadas.

CECILIA. Pero ¿qué nos vamos á hacer con tanto dinero?

DON PABLO. Eso no te apure. Por mucho trigo...

MARQUES. Mira. Rafael se encargará de gastar una parte.

CECILIA. Oh, sí! (Con vehemencia.)

RAFAEL. Bueno. (Con frialdad.)

MARQUES. Tú te encargarás de gastar otra.

RAFAEL. Oh, sí! (Con vehemencia.)

CECILIA. Bien. (Con frialdad.)

MARQUES. Otra será... para los chiquitines.

CECILIA. Tio. (Ruborizándose.)

RAFAEL. Sí!

MARQUES. Otra la invertiremos en sufragios por el alma de Eduardo.

RAFAEL.
CECILIA. } Sí! Sí!

MARQUES. Y otra, se la daremos á los pobres.

CECILIA.
RAFAEL. } Sí, tio, sí!

MARQUES. Felices los que tienen dinero, y lo dan por el amor de Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	P. Viñas.
Teruel.	J. Soriano.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola.
Tordesillas.	C. Gutierrez Matallana.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	D. Jover.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panadés	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	J. Guerrero y Romero.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Condo.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de Calderon de la Barca, número 4.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Armas iguales L.
Compromisos del no ver, M.
Criados de confianza, L. y M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Niño, M.
El Vizconde, M.
Entre mi mujer y el primo, M.
Estafeta de amor, L. y M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. y M.
La pastora de la Alcarria, M.
Los dos ciegos, M.
Los herederos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués, L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Un primo, M.
Un rival del otro mundo, M.
Sinfonia concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
De la muerte á la vida, M.
El Bachiller, M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
El tio Caniyitas, L.
Entre mi mujer y el negro, M.
La abuela, L. M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El ángel bueno, M.
El Castillo Maldito, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El tio Pilili, L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diavolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero, L. y M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L.
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Perla, M.
La Sirena, L. y M.
Los Diamantes de la Corona,
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina,
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un procónsul, M.
Un tesoro escondido, L. y M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Al que no está hecho á bragas...
Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja(*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El Diamante negro.
El suicida.
Flujo y reflujo.
La esperanza de dos mundos, loa.
Pepita.
Plaza sitiada...
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Una comedia mas.
Un hablador sempiterno.

EN DOS ACTOS.

Las colegialas son colegiales.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
¡La buena alhaja!
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografias.
Lo positivo.
Lo que se vé y lo que no se v
Los Hijos del pueblo.
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Préstamos sobre la honra.
¿Quién es él?
Una pecadora.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales *L* ó *M*, pertenece solo la música ó el libreto á esta A tracion, y las que llevan L y M, corresponden á la misma por completo.